Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

A. Thorkent

Y los Kherles dijeron...





Una semana después de haber llegado a Moscú, Plaza acudió a la habitación que ocupaba Carla y le comunicó que aquella misma tarde podía ver a sus hijos. Boris había conseguido un permiso de sus superiores y Karna disfrutaba de unas breves vacaciones en la costa báltica y había volado a la capital tras obtener un pasaje sellado con alta prioridad.

A. Thorkent

Y los Kherles dijeron

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 30

ePub r1.1

Titivillus 05.09.2019

A. Thorkent, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Y LOS KHERLES DIJERON

A. THORKENT

1

A Percival O'Hara le habían pasado aquella mañana varias solicitudes de entrevistas, pero comunicó a su secretario Thomas Woodrow que sólo iba a recibir a dos personas determinadas.

—No tengo tiempo ni ganas para más —añadió de mal talante a Woodrow cuando le recordó que rechazaba a varias personalidades.

—Buscaré algunas excusas, señor —musitó el secretario.

—Dígales lo mejor que se le ocurra. Estoy deseando que salga la última lanzadera para regresar a Nueva York. Aquí me siento como si estuviera perdiendo el tiempo.

Woodrow asintió y se retiró en silencio del despacho que usaba provisionalmente el director del CEM en las instalaciones australianas del proyecto Kherle.

A solas, Percival anduvo hasta la ventana y contempló la explanada. En el exterior el calor era sofocante y el viento levantaba nubes alrededor de la torre de lanzamiento, junto a la cual seguían llegando autobuses repletos de colonos y personal de la base.

La lanzadera número veinte despegó en aquel momento y poco después apareció muy lejos otra similar. Percival pensó que tal vez se trataba de la que partió hacia el Complejo Lunar tres días antes.

No le complacían las ceremonias, pero no había podido rechazar la invitación personal de Lee Connally, el nuevo presidente de la Unión Americana. El primer mandatario, apenas tres meses después de asumir el poder tras la muerte de su antecesor, estaba demostrando que le apasionaban los discursos y los actos públicos.

Connally quería asistir a la partida de la nave K-30 desde el mismo Complejo, pero Percival se negó rotundamente a viajar con él hasta la Luna y se limitó a acompañarle a Australia.

Por cortesía tenía que permanecer allí hasta que el Presidente partiese en la lanzadera número veintiuno, acompañado de su reducido séquito y de los últimos colonos destinados a la nave
K-30
.

Percival miró su reloj. Faltaban cincuenta minutos para que despegara la lanzadera presidencial. Antes de media hora todos sus pasajeros debían de encontrarse a bordo. Consideró que era el momento oportuno y llamó a su secretario por el comunicador para decirle:

—La señorita Maycooper puede pasar.

—La otra persona que espera se muestra muy impaciente, señor —dijo Woodrow.

—Despreocúpese de él. La mujer dispone de pocos minutos.

Unos segundos después se abría la puerta y entraba una mujer alta y hermosa. Vestía blusa y pantalones de color naranja y llevaba prendido sobre el pecho un disco de plástico con su fotografía y datos personales.

—Hola, Percy —dijo cuando escuchó que la puerta se cerraba tras sus espaldas.

—Discúlpame por no haberte recibido antes. He estado muy ocupado —sonrió Percival—. Siéntate por favor.

—Empezaba a temer que no iba a poder despedirme de ti.

—Te ofrecería una copa, pero sé que no podéis beber alcohol. ¿Quieres una taza de té?

—No me apetece. Pensé que ibas a acompañar al Presidente al Complejo.

—Ya estuve una vez allí y no me apetece volver.

—¿Qué le has dicho a Connally como excusa?

—Mi corazón no resistiría otro despegue —sonrió Percival.

—Tu corazón está fuerte. Es de piedra y no podría romperse.

—No ironices. Sé que estos últimos días has estado llamándome. ¿Es que suponías que no iba estar junto a ti el día de tu marcha?

Ann soltó una risa irónica.

—Ahora eres tú quien te burlas. Si estás aquí es por culpa del Presidente. Te quería a su lado para que tú salieras junto a él en las noticias de esta noche. Así vera todo el mundo que os lleváis bien y él es tu superior.

—¿Para qué querías verme estos días atrás, Ann?

—Quería decirte que algunas personas, sobre todo dos, no deberían estar incluidas en la lista de colonos de la
K-30
.

—¿Acaso has leído los antecedentes de diez mil personas?

—No habría tenido tiempo. Solicité la relación de sospechosos de ser contrarios a nuestra política —Ann sonrió—. A nadie se le ocurrió desposeerme de mis privilegios mientras he permanecido en el campamento de entrenamiento y conseguí esos datos.

—¿Qué ocurre con esa pareja?

—Son Samuel Lachman y Carol Smith. Contrajeron matrimonio hace una semana en el campamento. Ambos estuvieron en el Complejo aquel maldito día en que alguien avisó a los kherles de que manipulábamos las listas de seleccionados para el primer embarque.

—Todos los que estuvieron allí fueron investigados durante varios días en esta misma base y puestos en libertad porque no se aclaró nada en absoluto.

—Fue otra torpeza de Bob Gordon, cariño. Un día solicité permiso para salir y viajé a Nueva York. Allí indagué en los viejos informes de nuestra oficina principal y supe que Lachman y Carol Smith hablaron mucho antes con Sebastián Gálvez, y éste mantuvo algunas entrevistas con Soames Hill días antes del atentado contra Mulligan.

—Bueno, nosotros conocíamos los pasos de Gálvez y otros como él porque los utilizamos para desembarazarnos de Mulligan y de todos sus secretarios que nos estorbaban.

—Pero Gálvez escapó. Se supone que huyó al Sur y luego atravesó la nueva frontera con México y se refugió en el Distrito Federal.

Percival sonrió ampliamente.

—¿Qué importancia tiene que Lachman y su esposa viajen contigo? En el planeta a donde vais a ir no tendrán tiempo para ocasionar problemas. Además, si allí siguieran insistiendo en sus ideas, tú podrías intervenir. Tendrás gente a tus órdenes en todo momento, y el jefe de la expedición sabe que siempre estarás por encima de él en el plano político.

Ann agitó la cabeza.

—No me entiendes. Los Lachman podrían ser peligrosos, tal vez tengan amigos en la

K-30

. También descubrí que ellos conocieron a Soames Hill. ¿Sabías que Soames era hijo adoptivo de un viejo periodista chiflado que intentó lanzar una noche un programa subversivo desde una modesta estación de televisión?

—No. No puedo ocuparme de esas minucias.

—¿Quién diablos está al frente del Departamento de Seguridad?

—Te aseguro que en buenas manos. Te he encontrado un sustituto muy competente.

—¿Una mujer?

—Un tipo mal encarado.

—Tal vez ya tengas a otra que me reemplace.

Percival se acercó a ella y le acarició los labios.

—Nadie será capaz de hacer que te olvide.

—No pareces, sin embargo, muy contrariado por mi marcha.

—Necesitamos personas como tú en las estrellas. Algún día sabremos construir naves sin la ayuda de los kherles, montaremos nuestros propios Impulsores y Generadores, y llegaremos hasta los mundos que se están colonizando.

—Dudo que yo vea tu llegada a Corvus.

—Es un bonito nombre el que los kherles dan a ese planeta Corvus. Me aseguraron que es una copia exacta a la Tierra.

Ann negó con la cabeza.

—No volveré a verte, Percy. Pasarán muchos años antes de que en la Tierra vulneren la Cobertura e investiguen en los secretos kherles.

—Pienso vivir aún muchos años —sonrió el hombre—. Algún día tendré en mi poder un Sello Kherle y entonces podré decir a esos alienígenas que se vayan.

—¿Sería tuyo? ¿Es que no piensas en los gobiernos?

—Claro que pienso en ellos. Ya tenemos soslayado un importante problema, ¿no?

—¿Connally?

—Sí. El infeliz no sabe que ingresó en nuestra nómina el día que juró su cargo y dejó de ser Vicepresidente. Dentro de un año ganará

las elecciones que se celebrarán en el Congreso y el Senado, y te garantizo que antes de que finalice su mandato todos los obstáculos estarán allanados.

—¿Incluso en Rusia?

—¿Por qué no?

—Según mis últimas noticias os están echando de allí a patadas. El CEM no se ha hecho fuerte pese a vuestras maniobras.

—Déjame que me ocupe de eso, cariño. Tú piensa sólo en que dentro de unos meses despertarás en un mundo maravilloso y en él podrás ser la reina.

—Siempre que he viajado he pensado en el regreso —suspiró Ann—. Es lo que me desagrada de este asunto.

Percival asintió. Por muchas tentativas que habían llevado a cabo sus científicos jamás lograron comprender cómo neutralizar el programa de viaje que cada nave tenía insertada por los kherles. Una vez en Corvus, la K-30 sería un trasto inservible y su misterioso Impulsor permanecería para siempre protegido por la inviolable Cobertura.

—No te queda mucho tiempo —dijo mirando hacia la ventana.

Ann se levantó y se acercó al hombre. Lo miró durante un instante fijamente a los ojos. Percival pensó que iba a besarle, pero la vio que se retiraba y se sintió un poco desilusionado. Sinceramente lamentaba perderla, no verla más. Era una mujer maravillosa y una gran amante. No quiso pensar que en Corvus ella sería de otros y tendría hijos que no serían de él.

Pero recordó enseguida que ya había meditado sobre esta cuestión y llegado a la conclusión de que era lo mejor para él. Sabía que era peligroso mantener una relación duradera con ella o con cualquiera, y lo peor era que empezaba a notar que se estaba enamorando de Ann.

Su partida le dolería, pero acabaría olvidándola. Al menos eso esperaba.

Tomó las manos de la mujer y las apretó.

—Suerte —dijo—. Te deseo lo mejor del mundo.

—Gracias. Ojalá se cumplan todos tus deseos, Percy.

—Vamos, apresúrate. El Presidente estará impacientándose y se pondrá de malhumor por tener que esperar a una mujer.

Ella hizo un mohín y abrió la puerta. Cerró con suavidad y Percival se quedó mirándola un instante. Luego regresó junto a la ventana y permaneció allí hasta que la lanzadera partió en medio de un torrente de fuego y humo.

El huso blanco se perdió segundos después en el cielo y O'Hara se encogió de hombros, regresó junto a su mesa y conectó el comunicador.

—El señor Plaza puede entrar, Woodrow —dijo.

2

Rubén Plaza, mientras esperaba en la sala, había presenciado por televisión el ascenso de la lanzadera. Poco antes había pasado delante de él una mujer vestida con el uniforme de los colonos. Caminaba deprisa y la acompañaba el secretario de Percival. No había cesado de preguntarse quién podía ser, pero se dijo que debía de tratarse de alguien muy importante porque sería la última pasajera en subir al transbordador, incluso después de que lo había hecho el Presidente y su séquito.

Más tarde, cuando Woodrow se acercó para comunicarle que podía entrar en el despacho de O'Hara, creyó recordar el rostro de la mujer y su nombre, y la asoció íntimamente con el director del CEM. Alguien le había dicho hacía tiempo que la Maycooper era su amante, aunque le aseguró que sólo por serlo no había escalado tan alto en el Departamento de Seguridad, sino por su eficacia y frialdad a la hora de resolver varios casos muy importantes.

Siguió a Woodrow hasta el despacho de Percival y aún pensaba en la mujer y se extrañaba de que ella saliera al día siguiente del Complejo Lunar a bordo de la K-30, hibernada como todos los demás diez mil pasajeros.

Plaza mantenía un gesto de extrañeza cuando se encontró frente a Percival y escuchaba que éste le decía:

—Siento haberle hecho esperar tanto, señor Plaza; pero he tenido un día muy ajetreado. ¿Por qué no se pone cómodo? Le veo muy cansado.

—Llevo dos noches sin dormir, señor O'Hara. He recorrido

medio mundo tras la estela de su *jet*; siempre he llegado a los sitios donde usted ha estado con unos minutos de retraso, para enterarme de que había partido de nuevo.

O'Hara estudió a su interlocutor. Plaza no le caía simpático. Le desagradó la primera vez que se lo presentaron en Europa, tal vez por sus ademanes nerviosos y mirada huidiza, su pequeña estatura y aflautada voz. Pero le habían asegurado que podía confiar en su habilidad como intrigante, en su forma de parecer humilde a los demás y ganarse su confianza.

Plaza era un ejecutivo menor del CEM en España, cuya única ambición era ser llamado al Consejo y convertirse en uno de sus miembros. Sencillamente, para Percival era el hombre que necesitaba en aquellos momentos y empezó a explicarle con tono amable:

—Recibí su comunicado hace una semana solicitándome una entrevista, señor Plaza. Supongo que habrá comprendido que durante mi viaje hasta Australia acompañando al Presidente mis mensajes eran bastante elocuentes y en ellos le decía que aceptaba recibirle.

Percival hizo una pausa y entornó los ojos. Por un momento dudó. El asunto que se traía entre manos era muy importante para confiárselo a un individuo como Plaza, pero seguía siendo el más indicado por sus conexiones industriales en Europa, y sobre todo en Rusia y Alemania del Este.

—He rechazado recibir a gente más importante que usted. No pretendo ser grosero, pero es la verdad. Fuera de mi despacho han quedado el primer ministro australiano y un enviado del Emperador del Japón, entre otros.

Plaza hubiera preguntado de buena gana al director del CEM acerca de la chica. ¿Era ella tan importante como él y ambos más que los demás? ¿Por qué? Pero acabó comprendiendo que no iba a recibir una respuesta amable. Ann se había alejado de la Tierra para no volver más y ya debía ser un mero recuerdo en la mente del poderoso Percival, quien no tardaría en sustituirla si es que no lo había hecho ya.

—Me siento profundamente halagado, señor O'Hara —susurró usando su gesto más humilde.

—No se apresure. Tal vez piense lo contrario dentro de un momento. Dígame, ¿qué quiere de mí? No ha dudado en usar la influencia del Regente Hoces para verme.

Plaza carraspeó e intentó aclararse la voz, pero cuando habló siguió siendo ésta tan desagradable como siempre:

—He servido con fidelidad y eficacia al CEM, señor. Hace tiempo se me prometió un cargo en el Consejo.

—Lo sé. Me he informado de su trabajo, bueno siempre, excelente diría yo. Su labor en el norte de África para atajar la huida de los africanos fue eficaz. Sin embargo…

—¿Algún inconveniente?

—Quizá sus estrechas relaciones con las zonas bajo influencia rusa, sus negocios subterráneos con empresas soviéticas. Es irónico si tenemos en cuenta cuál es su ideología, francamente anticomunista.

Plaza sonrió forzadamente.

—Mis negocios particulares no me han impedido jamás que sirviera al Comité y…

—Estoy convencido de que sus beneficios nunca han entrado en discordia con nuestros intereses.

Usted, no obstante, mantiene estrecha amistad con personas importantes en Moscú, y sobre todo en Bielorrusia y Ukrania, esas dos repúblicas tildadas de disidentes estos últimos años.

Plaza respiró profundamente. Las últimas palabras de Percival, a su entender, encerraban algo más que un simple comentario. ¿A dónde quería ir a parar? Empezó a sentirse incómodo y a arrepentirse de estar allí.

—No obstante —siguió O'Hara—, sus conocimientos en esas esferas económicas rusas alejadas del control del Comité podrían resultarnos convenientes, señor Plaza.

—Confieso que no entiendo…

—Lo entenderá. Voy a proponerle un trabajo. Es muy libre de aceptarlo o no, pero yo le aconsejo que acceda a mis peticiones. Sería… ¿Cómo diría yo? Bueno, supondría para usted una ocasión única de ingresar en el Consejo.

—Dígame de qué se trata.

Percival echó atrás el brazo y tomó una carpeta de encima de la

mesa, extrajo unos papeles y los fue repasando a medida que decía:

—El organigrama ruso ha cambiado sustancialmente desde finales del siglo pasado, ya sabe cómo funciona ahora. Los soviets de cada república eligen a un presidente del Supremo, y ahora es Maskim Mihalov, otro anciano, pero al parecer con salud de hierro. Cuando subió al poder dijo que iba a acabar con la corrupción. Parece que lleva camino de conseguirlo, ¿verdad?

Plaza asintió. Sabía perfectamente que sus socios rusos andaban temerosos a causa de las investigaciones que se llevaban a cabo en sus esferas económicas. Mihalov era el culpable, lo pensó y comentó:

—El pueblo lo adora, pero está rodeado de enemigos.

—Sí, es cierto —asintió Percival. Pasó otra página y se detuvo en ella. Tras unos segundos de silencio, añadió—: La crisis económica en Rusia, diga lo que diga su propaganda, ha sido brutal. El nivel de vida bajó muchísimo y sólo los planes de urgencia elaborados por el equipo de Mihalov han evitado que el hambre se extendiera. Nosotros no creímos que lo consiguieran, y abrigamos la esperanza de que estallara una revolución que terminara con el sistema.

»El Comité fue aceptado allí en los tiempos de penuria y recibieron nuestra ayuda técnica, pero poco a poco volvieron a relegarnos —Percival movió la cabeza con pesimismo—. No hicieron lo que debían, no. Ahora quieren deshacerse del CEM y ponen obstáculos a nuestras oficinas. Si los dejamos por más tiempo gritarán al mundo que nuestras intenciones son crear un gobierno mundial en la sombra que relegue a una posición de comparsas a todos los jefes de Estado.

»Es penoso ver cómo hay gente que no comprende nuestra desinteresada labor por el bien de la Humanidad, señor Plaza» —suspiró Percival.

Rubén esbozó una sonrisa. ¿Es que Percival pretendía convencerle a él de las intenciones oficiales del CEM?

—Conozco lo que ocurre, señor O'Hara —dijo suavemente—. Mis contactos en Moscú me aseguran que Mihalov propone a sus colaboradores un plan para arrebatar al CEM

su privilegio de interlocutor con los kherles.

—Vamos, elija bien la palabra. No es un privilegio nuestro, sino un deber. El Proyecto Kherle debe estar en manos de un organismo cualificado, sin intereses nacionales determinados. ¿Cuándo lo entenderán?

—Eso quise decir.

Percival cerró la carpeta y dejó fuera un sobre cerrado y lacrado. Miró a Rubén.

—Estamos realizando un esfuerzo gigantesco, casi por encima de las actuales posibilidades del planeta. Cada día parten con destino al Complejo Lunar cientos de lanzaderas desde distintas bases del mundo, cargadas con material y especialistas. Estos gastos han de ser compartidos por las naciones, por todas. Claro que no obligamos a muchas debido a sus problemas internos, insoslayables. Mihalov nos amenaza con suprimir la cuota rusa, y si esto llegara a suceder otros países se echarían atrás y esgrimirían argumentos inverosímiles.

Plaza asintió. Suponía cuáles podían ser los argumentos de los gobiernos de bastantes naciones. Dirían llanamente que la Unión Americana manipulaba, a través del CEM, los datos, y mientras desde América del Norte se escamoteaban las contribuciones, se incrementaban las exigencias al resto del mundo. Tal vez debía decir que era el Comité quién ejercía la manipulación a través de Washington, para ser más realista.

—Resumiendo, señor Plaza, no podemos esperar que Mihalov cambie de actitud o muera y otro menos loco que él lo sustituya. El tiempo es nuestro mayor enemigo. Pero yo no temo a Mihalov, sino a su joven equipo que le aconseja, y en éste tenemos a ese tecnócrata llamado Andrei Koniev.

Plaza entornó los ojos. Apenas había oído hablar de Koniev, pero recordó que la última vez que estuvo en la capital ukraniana le dijeron que Koniev podía dar la sorpresa al mundo cualquier día y sustituir a Mihalov en el Kremlin.

Con apenas treinta años, Andrei Koniev podía cambiar Rusia radicalmente, transformarla. Koniev sólo necesitaba seguir ganando popularidad y fortalecer las estructuras de base sobre las que se alzaba.

—Koniev tiene el inconveniente de sus pocos años —dijo Rubén.

—Pero a su favor el hecho de haber conseguido cosechas de cereales tan fabulosos que desde hace tres años se han suspendido los envíos a Rusia desde la Unión Americana —Percival torció el gesto—. Ha quitado el hambre al pueblo, y éste empieza a saber a quién se lo debe. Dentro de poco el Soviet Supremo le elegirá como primer mandatario de todas las repúblicas, y eso sería un desastre. El proceso de integración económica mundial se detendría y la Tierra quedaría de nuevo dividida en dos bloques, y esta vez sería irreversible el proceso y acabaríamos enfrentándonos.

«Una nueva guerra mundial sería una locura ahora que estamos en el verdadero umbral de conquistar las estrellas. Estamos enviando las vanguardias, preparando otros planetas para dentro de unos años. Disponemos de capacidad suficiente, de millones de seres para adueñarnos de una gran parte de la galaxia».

Plaza asintió pero no compartía los pensamientos de Percival. ¿Acaso el director del CEM suponía que los kherles iban a permanecer siempre cerca de la Tierra, convertidos en sus ángeles tutelares? Como otros muchos bien informados, él compartía el criterio de que los alienígenas se marcharían cuando consideraran que su misteriosa misión en la Tierra había concluido, sin importarles lo que quedase en el planeta, sus graves problemas. Al parecer, los kherles sólo pretendían salvar una parte de la raza humana, colonizar unas docenas de mundos aptos para los humanos. El motivo de su actuación seguía siendo un enigma y se temía que nunca se conocerían sus motivaciones.

Si los kherles habían aliviado la crisis energética que asolaba la Tierra, aunque sólo en parte, con la entrega de los generadores que estaban distribuidos en todo el planeta, precisamente este regalo era una muestra palpable de que pretendían únicamente una tregua, ya que los científicos terrestres no podían conocer su funcionamiento a causa de la protección de la Cobertura que les ocultaba su secreto.

Pero recordó que él no estaba allí para discutir con Percival acerca de los kherles, sino para ocuparse de asuntos más importantes e inminentes.

—Estoy dispuesto a lo que sea, señor Percival —dijo.

—Tenga —O'Hara le entregó el sobre lacrado—. Quiero que viaje a Tokio. Allí se entrevistará con una persona y ésta le presentará a otra que le espera. Con ella viajará a Afganistán y luego a Siberia, sobrevolará China sin ningún riesgo, y llegará a Moscú dentro de cinco días, en donde otro funcionario del
CEM
se pondrá en contacto con usted y añadirá a las instrucciones que le entrego los últimos datos.

Rubén empezó a rasgar el sobre y Percival le contuvo con un gesto decidido.

—Lo leerá cuando esté volando hacia Tokio. Mi secretario le entregará al salir el pasaje y el visado para entrar en Rusia.

—Nunca he necesitado visado…

—Lo implantaron hace unas semanas. Pero usted no despertará sospechas porque sus viajes han sido frecuentes. Para todo el mundo su estancia en Rusia se deberá a sus negocios particulares. ¿Qué tal marchan las operaciones de biogás?

—No muy bien —se quejó Plaza—. Los contratos formalizados para el procesamiento en Alemania Oriental no se cumplen a rajatabla, a pesar de que mis envíos son regulares.

—Es otra maniobra del equipo que manda Koniev, no le quepa la menor duda.

—Ignoro quién es el culpable, pero si el programa de exportaciones no sigue adelante vamos a tener problemas en España, señor. Sacrificamos mucho terreno para cultivar esas malditas hierbas con el fin de obtener carburante, por lo que nuestras cosechas de trigo descendieron los últimos tres años.

—Conozco la situación actual del gobierno de Regente Fidel Hoces —asintió Percival. Luego sonrió y añadió—: Es una razón más para que usted actúe con interés en Moscú. A todos nos estorba Andrei Koniev, el viejo Mihalov y ese montón de ingratos Sepa que es el momento adecuado para desterrar para siempre de la Tierra todas las ideologías políticas por la razón planetaria.

Plaza reprimió sus deseos de pedir más explicaciones. Sabía que Percival no le diría más por el momento. El resto lo iría conociendo a medida que pasaran los días, pero era fácil suponer que iba a ser utilizado para consumar una trama preparada desde hacía tiempo. Conocía que el
CEM

elaboraba diversos planes a la vez en previsión de situaciones molestas.

Pensó que aquél podía ser el día más apropiado, no obstante, para exponer al director del
CEM
su otra aspiración; se armó de valor y dijo:

—Señor, tengo tanto interés en ingresar en el Consejo del Comité como en obtener un pasaporte Kherle.

Percival enarcó una ceja.

—¿No cree que ambos deseos son incompatibles? ¿De qué le serviría ingresar en nuestra élite si poco después se iba a marchar a un planeta situado a muchos años luz de la Tierra?

Plaza se agitó con nerviosismo.

—No quiero decir que sean simultáneas ambas cosas. Pienso que podría salir de la Tierra dentro de dos o tres años, tras ejercer como consejero mientras tanto.

—¿Le asusta la idea de quedarse en la Tierra?

—No me seduce.

—¿Por qué?

—Todavía no he cumplido cuarenta años. Puedo vivir otros tantos, ¿no? —Plaza sonrió tibiamente—. No consigo imaginarme cómo será la Tierra dentro de una década, cuando se hayan suspendido los viajes a las estrellas, los kherles se marchen y… En fin, veo muy negro el futuro.

—Es demasiado pesimista. Yo, en cambio, no me marcharía de aquí por nada, por ninguna promesa de vida mejor en un planeta. Tengo fe, señor Plaza. Confío en la Tierra y en su futuro. La historia que estamos viviendo, protagonizando diría yo, es apasionante. Éste es el capítulo más transcendental de la Humanidad. Podemos forjar un imperio estelar… o perecer todos. No habrá términos medios. Será todo o nada.

Plaza se encogió un poco y torció la cabeza. Estaba arrepentido de haber expuesto a Percival su deseo más íntimo. Pero ya era tarde y sólo podía reparar en parte su error. Se había dejado llevar por un impulso súbito. Debió dejar el planteamiento para más adelante, para otra ocasión, tal vez para cuando concluyera su misión, satisfactoriamente por supuesto.

—Ojalá no se equivoque, señor Percival —dijo.

—¿Por qué lo dice?

—Se dice que son dos o seis kherles los que rondan la Tierra, los que nos dicen las naves que debemos construir y quiénes deben ser sus pasajeros. Es inaudito que dependamos tanto de tan pocos.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—En más de una ocasión he pensado que deberíamos obligarles a que nos revelaran sus secretos y auténticas intenciones.

—¿Cómo? —Exclamó Percival—. ¿Cree que no lo he intentado? Todos los miembros del Consejo lo hemos pensado, pero no hay alternativa posible. Los kherles dicen cuándo quieren hablar con nosotros y el lugar, nos dan las instrucciones, nos explican a dónde irá tal o cual nave y también rechazan a ciertos grupos de colonos que el

CEM

desea infiltrar.

—¿Pretende decirme que no elaboramos las listas de los pasajeros según nuestros intereses?

—Sólo se intentó al principio.

Plaza palideció.

—Es más fácil que usted ingrese en el Consejo que obtenga con artimañas un pasaje, señor Plaza —sonrió Percival—. Mire, olvídese de una aventura estelar. En la Tierra se vive bien todavía. Al menos por ahora. De todas formas, si desea correr el riesgo de ser hibernado, allá usted. No olvide que la técnica de hibernación no es terrícola, sino que ha sido traída por el Kherle.

—¿No es una garantía?

—Tal vez. Los tripulantes de la Vorágine se hibernaron antes de cruzar la órbita de Júpiter. Me pregunto si un fallo en el sistema no los condujo a la destrucción. ¿Merece la pena correr riesgos? De todas formas no le veo como colono, señor Plaza sembrando la tierra y construyendo una ciudad.

Rubén notó que se iba encolerizando por momentos y trató de controlarse. Sin embargo sintió necesidad de liberar un poco la presión interna y dijo:

—Si miramos y estudiamos la situación actual del mundo, lo más aconsejable sería meternos de cabeza en una nave, incluso sin terminar, y largarnos de aquí.

Percival soltó una carcajada.

—Usted pertenece a un pueblo apasionante, temperamental e improvisador. Aunque sus referencias me aseguran que es calculador, ahora me ha demostrado que es impulsivo. Pero sus palabras me han hecho gracia en vez de enfadarme.

«Divida mentalmente el mundo en tres partes. Una de ellas la controlamos perfectamente, la segunda apenas importa porque es simple basura de la que a veces extraemos alguna cosa de valor, y en cuanto a la tercera… Bueno, esa parte no tardará en caer bajo nuestro control, aunque externamente todo siga igual».

—Conozco cuanto pasó en el edificio de la
ONU
hace tres meses, señor, y no creo que podamos hacer algo semejante en el Kremlin.

—Y no se hará nada parecido, amigo. En cada escenario se debe representar una obra diferente. En Tokio empezarán a comprender lo que queremos. No olvide que contamos con muchos simpatizantes en Rusia, esa gente que le gusta vivir con el lujo de los corrompidos capitalistas. De hecho ya existe una oligarquía, muchísimo más importante que en el siglo pasado, que nos recibirá con los brazos abiertos. En Rusia será todo más sencillo porque allí se cuenta con un fuerte sistema de represión, y no como en América del Norte, que es preciso mantener una proporción muy pequeña de marginados o todo estallaría.

Percival se incorporó y sonrió a Plaza.

—Me espera mi avión. Voy a confiarle algo para que comprenda que yo ya empiezo a considerarle como uno de los nuestros, señor Rubén.

Plaza alzó una ceja y esperó.

—Tengo una cita con los kherles —susurró
O’Hara
.

—¿Dónde?

—Ah, eso es un secreto. Pero dé por descontado que voy a intentar forzarlos a que nos entreguen más Generadores. Si la Tierra no consigue más energía el plan de trabajo en el Complejo podría resentirse.

3

El helicóptero aterrizó y sus pasajeros no bajaron hasta que la nube de arena, levantada por las aspas, se disipó.

El primero en descender fue Thomas Woodrow, luego Percival O'Hara. El piloto permaneció delante de los mandos y a una indicación del secretario asintió con la cabeza y elevó el aparato cuando los dos hombres se hubieron alejado unos metros.

Percival se quitó la chaqueta y ajustó la gorra para que la visera le protegiera los ojos. Escuchó que Woodrow le comunicaba:

—Karl Bomberg nos espera, señor. —Y señaló hacia las rocas que cubrían el árido suelo a su derecha.

Su jefe volvió la cabeza y vio que una figura alta caminaba hacia ellos. Bomberg había acudido solo. Su helicóptero estaría ya muy lejos.

—Siempre me pregunto por qué eligen los kherles unos lugares tan horribles —masculló Percival secándose el sudor que había empezado a perlar su frente.

—Ciertamente, señor —sonrió Woodrow—. La última vez fue en una isla del Pacífico. ¿No resulta curioso que nos citen en comarcas calurosas?

Percival gruñó. No quería acordarse de cuando tuvo que acudir al Sahara. En aquella ocasión una unidad de las Legiones Internacionales tuvo que acordonar la zona porque les informaron que bandas de fugitivos podían llegar en cualquier momento. Luego se enteraría de que mientras él y un consejero inglés escuchaban a los kherles, los legionarios dispersaron una caravana de famélicos etíopes.

Al menos ahora estaba en su país, en pleno desierto de Arizona. La población más cercana se encontraba a unas cien millas.

Caminó hacia Karl Bomberg. El alemán, un individuo muy

delgado y rubio, se detuvo y le esperó. Le tendió una mano y sonrió con sus finos labios.

—Hola, O'Hara. Ah, veo que te has traído a Woodrow.

—Me esperará aquí, donde aterrizarán los helicópteros cuando los llamemos.

—Bien, tú me dirás qué debemos hacer. Eres el experto.

Percival asintió. Aquélla sería la entrevista número quince que iba a celebrar con los kherles desde que los alienígenas aparecieran en el viejo y desmantelado astillero lunar, llamado entonces Estación, y en todas él había sido el principal interlocutor, siempre acompañado de un miembro del Consejo del CEM, que se turnaba según su antigüedad.

—Esperar.

—Confío en que no se demoren mucho.

—Son terriblemente puntuales —Percival agitó una mano y Woodrow empezó a alejarse de ellos, regresando al lugar cuya arena fue removida momentos antes por las aspas del helicóptero.

Karl vestía un traje de hilo, color crema, y miró hacia la colina rocosa. Despacio sacó un cigarrillo y jugueteó con él un momento antes de llevárselo a los labios y encenderlo.

—Confieso que estoy nervioso, muy emocionado.

Los otros que estuvieron antes contigo me contaron cómo se desarrollaba la entrevista y… Bueno, supongo que me parecerá fantástica.

Percival, cada vez que veía a Karl Bomberg se acordaba de las viejas películas de guerra. A Bomberg se lo imaginaba fácilmente vistiendo el uniforme negro de las SS de Hitler. No desentonaría en absoluto dirigiendo un campo de exterminio, pensó con sarcasmo.

—No es para tanto, Karl. Los kherles no aparecen de forma espectacular.

El alemán colocó su mano derecha sobre los ojos y continuó escrutando las rocas.

—Tú no estuviste en la Luna aquel día en que hablaron por primera vez, pero Ann Maycooper debió contártelo, ¿verdad? Lo haría con todos los detalles. El año pasado conocí al general Pelham en Washington y me lo relató. Dime, Percival, ¿veré la nave que

usan los kherles?

—Lo dudo. Yo nunca la he visto.

—¿De veras?

—Así es. A lo sumo he creído sentirla.

—No puedo creer que cambie de tamaño tanto como me contó Pelham.

—En dos ocasiones me pareció verla flotar junto a la pareja de kherles que tenía delante, al lado de uno de ellos, y me dio la impresión de que la Voz que escuchaba salía de ella, de ese punto que a veces brillaba al sol, diminuto y azul.

Bomberg fumaba rápidamente, como si quisiera consumir el pitillo antes de que los kherles hicieran su aparición.

—Esos perros gigantescos… ¿Por qué son así?

—¿Qué quieres decir?

—Maldita sea, Percival, me refiero que nos obligan a construir naves de cientos de metros de eslora. ¿Por qué no nos entregan ingenios como los que usan?

O'Hara sacudió la cabeza. Estaba cansado de contestar lo mismo a cuantos le hacían aquella pregunta.

—Si tú llegaras a bordo de una lancha motora a una isla poblada de salvajes que ignorasen cómo navegar las aguas que les rodean, ¿qué harías? —Ante el silencio expectante de Karl, añadió—: Te resultaría imposible explicarles cómo funciona el motor de tu lancha. Lo más que podrías hacer por ellos, para que llegaran a otras islas que estarían a pocas millas, sería enseñarles a formar una canoa y a remar.

Karl se echó a reír.

—No me convence tu ejemplo —dijo—. Nosotros no somos unos salvajes. Seríamos capaces de duplicar sus secretos.

—¿Y de encontrar los mundos adecuados para colonizarlos?

—Sí, ¿por qué no?

Percival miró su reloj.

—Es casi la hora. Vayamos al lugar de la cita. Está al otro lado de la colina.

Miró a su secretario, sentado bajo la sombra de una roca. Le agitó una mano y empezó a andar junto a Karl.

—Uno de nuestros equipos está convencido de conocer la forma de suprimir la Cobertura, Karl.

El alemán arrojó el cigarrillo lejos y formó una mueca escéptica.

—Ya cosechamos un rotundo fracaso en Nevada. ¿Piden un nuevo Generador? Si se lo damos perderíamos.

—Eso es. Me pregunto si debemos correr el riesgo.

—¿De dónde sacaríamos ese Generador?

—Ése es el problema. Todos los que nos dieron los kherles se distribuyeron según sus instrucciones. Sería estupendo que al fin lográramos suprimir la Cobertura y desmontar un Generador. El siguiente paso sería hacer lo mismo con un Impulsor, apenas fuera puesto por kherles en una nave recién termina da.

—¿Los salvajes de tu isla sabrían duplicar la lancha de su descubridor? —rió Karl.

—Por supuesto. Si nuestros científicos no son capaces de eliminar la Cobertura no nos queda otra alternativa que conseguir un Sello.

Preguntó.

—¿Cómo?

—Ellos lo tienen.

—¿Podré verlo?

—Tal vez, aunque no lo esperes.

—¿No son los dueños, no los usan como emblema de su poder?

—No siempre los Amos del Sello lo muestran.

—¿Lo esconden?

—No se sabe.

—Percival…

—Dime.

—¿Siempre serás tú quien acuda a las citas?

O'Hara se detuvo y miró a su acompañante.

—¿Por qué lo preguntas?

—Quiero decir si los kherles jamás se han opuesto a verte, a hablar contigo.

—Claro que no. Es posible que todos los terrestres les parezcamos iguales.

Reanudaron el camino y Karl dijo:

—No juegues conmigo. Sabes muy bien que pueden distinguirnos.

—Es cierto. Me conocen muy bien, pero hasta ahora no se han mostrado disconformes con que yo sea el portavoz de la

Humanidad.

—Eso suena muy rimbombante, pero es cierto, y porque es así cada día que transcurre mucha gente se muestra más inquieta por tu privilegio.

—Es el privilegio del CEM, no sólo mío. Siempre he estado acompañado por uno de vosotros, un miembro del Consejo.

—Pero están los gobiernos, y en ellos los celos aumentan por momentos.

—Sé que otros pretenden convertirse en portadores, pero no me inquieta.

—Cuando termine esta entrevista tú tendrás que informar al mundo de sus resultados, y muchos se preguntarán si todo es verdad, si tú no has puesto algo de tu cosecha.

—¿Quiénes lo pensarán?

—Andrei Koniev, por ejemplo.

—No te preocupes por él. El plan ya está en marcha.

—¿Desde cuándo?

—Uno de los peones principales ya debe estar en Tokio en estos momentos.

Habían llegado a lo alto de la colina y la ladera que se abría ante ellos estaba también salpicada de rocas. Bajaron unos metros y Percival, tras pararse, dijo:

—Éste es el sitio.

Eligió la piedra más cómoda y se sentó. De reojo volvió a consultar su reloj y comprobó que apenas quedaba un minuto.

—¿Cómo ha sido esta vez? —preguntó Karl.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo conciertan ellos la cita?

Percival palideció levemente.

—No es agradable. Antes dije una tontería. Los humanos no somos iguales a los ojos de los kherles. Ellos me localizan cuando quieren. A veces me despierto en la noche y veo a uno de ellos al pie de mi cama, como una fantasmagórica aparición, y escucho una voz profunda que me cita en tal o cual lugar del planeta.

—¿Siempre ha sido así?

—Más o menos.

—¿Por qué la cita para unos días después? ¿Por qué no te dice lo que quiere en aquel momento?

Percival se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Supongo que esa imagen no es real sino una proyección tridimensional.

—Muy teatral, ¿no?

—Demasiado para mi gusto.

Karl iba a hacer otra pregunta a Percival, pero éste le hizo un gesto para que no hablara. Delante de ellos el aire empezó a oscilar, se hizo un poco opaco y sintieron una brisa helada que les azoto ligeramente, algo increíble en aquel desierto.

Se levantaron y no se movieron. Unos segundos después, todo se oscureció a su alrededor. Los dos hombres sufrieron un breve desvanecimiento, y cuando abrieron los ojos se encontraron que tenían enfrente a un ser extraño, de pie en medio de un lugar despejado de piedras.

Bomberg había visionado todas las grabaciones obtenidas de los kherles, las escasas y poco claras conseguidas durante la primera entrevista. Las siguientes significaron fracasos totales para todos los intentos que se llevaron a cabo con el fin de obtener más datos. Sabía que estaba delante de un Kherle.

—Vaya, sólo ha venido uno en esta ocasión —musitó con socarronería el Director—. No han sido muy considerados contigo, Karl.

El alemán se entretuvo observando al alienígena. Era muy alto, de más de tres metros de estatura. Le parecía grotesco el hábito marrón que cubría todo su cuerpo desde el cuello a los pies. La gran capucha que ocultaba parte de su enorme cabeza era del mismo color y apenas dejaba salir parte de la descomunal nariz azulada.

Bomberg se movió detrás de Percival cuando éste caminó unos pasos para acercarse al Kherle, y entonces creyó ver los ojos redondos del extraterrestre. Se estremeció al sentirse escrutado y apartó la mirada.

—Recibe mis saludos y los de la Tierra, Kherle —dijo Percival—. El hombre que me acompaña esta vez se llama Karl Bomberg.

—¿Y él cómo se llama? —preguntó Karl en voz baja.

—Nunca se han presentado —replicó Percival de malhumor. Había advertido a Karl que hablase lo menos posible y temía que le

importunase demasiado—. Lo más probable es que carezcan de nombre.

Y Karl dedicó su atención al aire alrededor de la criatura. Recordaba la existencia del punto luminoso y azul e intentaba localizarlo. Sólo durante una fracción de segundo creyó ver algo que se movía sobre la cabeza del alienígena, pero lo perdió enseguida.

Estaba mirando otra vez el rostro del Kherle cuando escuchó:

—Os saludo, humanos.

Comprendió que las palabras, metálicas y sin la menor entonación, no habían surgido de los labios del Kherle, sino de alguna parte cercana a él, del mismo aire.

—Hace poco partió sin novedad la nave
K-30
—dijo Percival—. La próxima lo hará dentro de dos meses. ¿Alguna indicación al respecto?

—Antes de que concluya el año deberá salir la número 52 —dijo la voz—. Y para el próximo giro está planificado que sean veinte naves más. La producción tiene que incrementarse.

—Aunque estamos a finales de febrero y disponemos de diez meses, es imposible conseguir esa cifra antes de que termine el año.

El Kherle se movió un poco según apreció Karl, pero también podía haber sido que su túnica se agitara ante el suave viento, pensó.

—Para dentro de dos años han de ser veinticinco, y antes de que transcurran cuatro la cifra total debe alcanzar el número cien anunció la voz.

—¡Eso está fuera de nuestras posibilidades! —Exclamó Percival —. La minería lunar está en sus comienzos y apenas obtenemos nada de allí, todo debe ser llevado desde la Tierra al Complejo. ¿Sabes lo que significa construir setenta naves en cuatro años? Hemos necesitado casi seis para lanzar al espacio treinta…

—Ha de ser como te digo, humano.

—De acuerdo, se podría hacer, pero necesitamos más ayuda.

—¿Ayuda?

—¡Sí! Nuevas fuentes de energía, más colaboración por vuestra parte. ¿No lo comprendes? Estamos haciendo mucho más de lo que podemos, invertimos miles de millones de dólares diariamente,

estamos destrozando nuestra economía en una empresa sin rentabilidad.

—No comprendo el concepto de rentabilidad.

—Siempre tropiezo con lo mismo —gruñó Percival en voz baja, dirigiéndose a Karl.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el alemán.

—Ellos han de moverse bajo estímulos diferentes a los nuestros en el aspecto económico, les cuesta comprender que en la Tierra cada dólar invertido ha de tener su rentabilidad a corto o largo plazo. ¿Cómo explicarles que saqueamos diariamente los presupuestos y estamos provocando una inflación galopante e irrefrenable, ante la cual la alemana de los años veinte es de risa?

—Nuestro cometido es dirigir el proyecto, humano —dijo el Kherle a través de la voz que surgía del aire—. Nuestro deber es implantar en cada nave el Impulsor, nuestro…

—Está bien —le atajó Percival—. Eso me lo has repetido tú muchas veces o quien acudió a las otras citas. Pero necesitamos más Generadores, bastantes más.

—No entiendo. Se os entregaron los suficientes para cubrir vuestras necesidades domésticas. Así lo consideramos tras los estudios que hicimos.

—¡Pero eran conclusiones basadas en vuestros sistemas de producción, sin duda, equivocadas por lo tanto! Los Generadores que recibimos son insuficientes. Dadnos más o dejad que podamos reproducirlos.

La petición de Percival dejó sin respiración a Karl.

El Kherle tardó unos segundos en responder:

—Habéis hecho un uso inadecuado de los Generadores. No habrá más. No hay más. Son todos los que tendréis.

—No se puede discutir con ellos —resopló Percival. Miró al Kherle y le dijo con aspereza—: Está bien, amigo. Se intentará hacer como dices, pero no te garantizo nada. Quizá dentro de dos años o tres, cuando ampliemos el Complejo, seamos capaces de armar veinte o treinta naves, pero ahora es imposible.

—En cuatro años el total ha de ser un centenar, humano.

—¿Tienes que decirme algo más?

—Sí. Las tripulaciones y los colonos son correctos, pero hemos detectado que de ciertas zonas del planeta no se presentan

voluntarios. ¿Por qué?

—Te refieres a esos lugares donde la vida es más primitiva. Allí la gente no está censada ni escucha las noticias, se carece de oficinas para recibir las solicitudes. Es imposible solucionar ese problema.

—Ha de repararse el desequilibrio actual antes de cuatro años, humano.

—¿Por qué hablas de esos cuatro años como si después viniera el fin? —preguntó Karl—. Percival asintió. La pregunta de su compañero era buena.

Al no responder el Kherle, Bomberg volvió a espetarle:

—¿Y esa cifra de cien naves? ¿Significa que son todas las que pensáis completar con el Impulsor, que después no habrá más rutas a otros planetas? ¿Estás diciéndonos que dentro de cuatro años os marcharéis?

El Kherle movió uno de sus brazos, elevándolo apenas unos centímetros. Miró a los dos humanos y luego su voz anunció:

—Debo retirarme. Vuestras interrogantes no pueden ser contestadas. Por vuestro bien os aconsejo que trabajéis más y sean cumplidas nuestras disposiciones.

—Jamás ordenan —jadeó Percival—. Siempre usan las palabras consejo, sugerencia, etcétera. Pero son órdenes, amenazas.

Karl se sentía decepcionado. Presentía que la entrevista había concluido. Estuvo pensando en ella y se la imaginó mucho más apasionante, sin aquella frialdad.

Apenas tuvo tiempo de ver un gesto en el Kherle que podía ser de despedida. Todo a su alrededor volvió a nublarse, cerró los ojos y cuando los abrió no había nada en el lugar que poco antes ocupara el alienígena.

—¿Cómo lo hace? —preguntó a Percival.

—No lo sé ni me importa —replicó el Director.

—¿Qué te pasa?

Percival empezó a caminar colina arriba otra vez. Karl le alcanzó y vieron que Woodrow permanecía lejos, esperándoles.

—¿Es que no ha visto nada desde ahí? —Preguntó Karl señalando al secretario—. Esa oscuridad que nos rodeó debió subir por encima de esta colina.

—Woodrow siempre permanece a esta distancia más o menos y

nunca percibió ningún fenómeno extraño.

—Te encuentro demasiado enfadado.

—No es para menos. Ya has oído al Kherle. Yo pienso como tú, que tras esos cuatro años y setenta naves más hay una fecha y una cantidad límites.

—¿Qué piensas hacer?

—No hay otra solución por el momento que seguir adelante e intentar alcanzar esas cuotas que nos imponen.

—Admito que te has mostrado fuerte, pero al final cedes.

—¿Quieres que corramos el riesgo de que mañana mismo se larguen y nos dejen con dos naves casi terminadas y tres empezadas? No, Karl. Les obedeceremos. Durante cuatro años, si es cierto que después se irán, pueden ocurrir muchas cosas.

Se acercaban hasta donde estaba Thomas. El secretario hablaba a través de una radio portátil llamando a los helicópteros.

—Ni siquiera te contestó cuando le insinuaste que nosotros podemos fabricar sus dichosos Generadores —sonrió Karl.

—No es la primera vez. Es un tema tabú para ellos. Seguro que vinieron de su planeta trayendo los Generadores que suponían íbamos a necesitar. Ni uno solo más.

—Habló muy convencido de que no sacábamos todo el partido a sus regalos.

—Es posible, pero ellos no tienen en cuenta que si nos ponemos a trabajar a tope tendríamos que cerrar las centrales eléctricas, las nucleares, y todas las fuentes de energía que mantenemos para que la frágil economía terrestre no se hunda más aún.

En el aire apareció, lejano, uno de los helicópteros. Percival levantó la cabeza para observar sus evoluciones.

—¿Cómo complaceremos a ese grupo de científicos que nos exige un Generador para probar en él su nuevo método?

—Buscaremos uno por ahí, en algún país que no lo necesite.

—Ya robamos el de Zambia.

—Robar es una palabra repugnante —sonrió Percival—. Lo requisamos, Karl, lo requisamos. Lamentablemente se autodestruyó, sí, pero todo fue en aras de la Ciencia.

Karl buscó otro cigarrillo.

—Mientras estábamos con el Kherle pensaba en la forma de capturar a uno de ellos.

—¿Cómo lo harías tú?

—Me parece imposible. Ahora comprendo por qué no lo has intentado.

Percival asintió.

—Me alegro de que lo comprendas. No me gusta que se dude de mis decisiones. Yo dije que era imposible hacerlo.

—No vi por ninguna parte el maldito Sello.

—Ah, el Sello. Creo, Karl, que arrebatarles uno podría conseguirse.

—¿Tú crees?

—Tenemos tiempo para intentarlo.

—¿Cuatro años?

—Sí, cuatro años al menos. En ese tiempo pueden ocurrir muchas cosas imprevistas. ¿Sabes? Yo siempre confío en mi suerte.

El helicóptero de O'Hara aterrizó a varios metros de ellos, y otro aparato similar surgió por el horizonte.

—Ya viene el mío —dijo Karl—. ¿Nos veremos pronto, Percival?

—Claro. Dentro de unos días nos reuniremos todos en Nueva York. No olvides que para entonces puede haberse arreglado el asunto ruso.

4

Osima Nomura vivía lejos de Tokio, en una casa típicamente japonesa, con su jardín diminuto, su riachuelo y su puente; abundaban los almendros y había una colección de árboles enanos que cuidaba su propio dueño.

Rubén Plaza, invitado por Nomura, llegó un sábado por la mañana e inmediatamente comprendió que su anfitrión debía ser mucho más rico de lo que supuso en un principio. En un país donde el terreno era escaso y muy caro, disponer de semejante extensión era el mejor símbolo de riqueza y poder. Allí no se sentía la opresión de la capital, su densidad humana agobiante ni se respiraba su atmósfera altamente contaminada.

Nomura le recibió en la galería de la casa y le saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—Sea bienvenido a mi humilde casa, señor Plaza —dijo el japonés.

Un criado les abrió las puertas y Rubén admiró la delicadeza del mobiliario, el suelo de madera barnizada y la decoración de las paredes. En aquel salón había varios millones de dólares en objetos de arte procedentes de todo el mundo, y sin embargo armonizaban perfectamente los cuadros franceses del siglo XIX, las cerámicas chinas de la dinastía Ming y las esculturas del renacimiento italiano.

—Le felicito, señor Nomura —dijo Rubén, visiblemente impresionado—. Su casa es estupenda, muy bonita.

Osima volvió a sonreír con delicadeza. Sus muchos años de trato con occidentales le habían dado la suficiente experiencia para no esperar de ello ninguna frase que estuviera a nivel de la cortesía japonesa.

—La mandé construir hace veinte años. Es una mala copia del hogar que mis abuelos tuvieron hasta final del siglo veinte en Osaka, antes de que la ciudad fuera barrida durante aquellos

desdichados días de locura. Pase, por favor.

Plaza agradeció que una vez dentro de la sala su anfitrión le consintiera caminar sobre una alfombra hasta un cómodo sillón de cuero. Osima tomó asiento en una silla pequeña que le permitía estar a la altura de la mesa donde había una botella de sake y varios vasos muy pequeños.

A Plaza le desagradaba el licor de arroz, pero no fue capaz de negarse cuando Osima se lo ofreció.

—¿Ha llegado? —preguntó después de tomar un sorbo de sake.

—Sí, ha sido puntual. Ahora está visitando el jardín —los pequeños ojos de Osima se desviaron para mirar hacia el exterior—. Me temo que ha surgido un problema, señor Plaza.

—¿Qué problema? Por mi parte no hay ninguno. Usted me ha instruido bien estos últimos días.

—No me refiero a usted; sé que sabrá decir lo conveniente en cada momento. Ella no ha venido sola.

—¿Quién la acompaña, algún abogado?

—Ahora lo verá. Ahí vienen.

Rubén soltó el vasito de cristal sobre la mesa miró hacia la galería que rodeaba aquella parte de la casa. Por el sendero del jardín vio que se acercaban dos personas. A una de ellas, a la mujer, la reconoció porque había estado estudiando sus fotografías, pero su acompañante, un hombre de color, le resultaba totalmente desconocido.

—¿Quién es? —preguntó silbante a Osima.

—Sólo sé que se llama John Skawa. Así me lo presentó ella cuando bajó del coche que mandé a buscarla al hotel.

Rubén frunció el ceño. Maldijo a los servicios de información del CEM. Seguro que el negro era un abogado que quería meter sus anchas narices en el asunto con el fin de sacar una buena tajada. Sin embargo confiaba en que no complicara las cosas.

—No creo que sea su esposo, pero mi intuición me dice que son más que viejos amigos —susurró Nomura.

Hacía un rato había pensado respecto al japonés que si hubiera vivido uno o dos siglos antes habría sido un samurái fanático, alguien que hubiera muerto gustosamente por su Emperador, tal vez un kamikaze. Podía imaginárselo tripulando un Zero, volando en un

viaje sin retomo contra un portaaviones, muriendo en la explosión que provocaría su carga explosiva de doscientos cincuenta kilogramos, con la convicción de que perecía noblemente.

Pero los tiempos habían cambiado mucho en todas partes y el cambio no iba a dejar de sentirse en un país como Japón. Osima era el miembro más destacado del

CEM

en el sureste asiático y había sido el encargado de ponerle al corriente de su misión, que una vez conocida en parte ya no le parecía tan sencilla como cuando se la confió Percival en Australia seis días antes.

No, la verdad era que no podía concebir Osima convertido en viento divino y sacrificarse fanáticamente por nada. En todo caso, el Osima que tenía al lado sería quien arrojara al infierno al mundo entero antes que dejarse chamuscar un solo pelo.

La mujer entró primero en el salón y Rubén se sintió observado por unos ojos grandes que alguna vez debieron ser hermosos. El hombre se quedó un poco atrás y también le estudió.

—Tengo el honor de presentarle a don Rubén Plaza —escuchó que decía Osima—. Señor Plaza, la noble dama es la señora Carla Rossi, su nombre de soltera, como ella prefiere ser llamada. El caballero que la acompaña es John Skawa, ciudadano de la Unión, según tengo entendido. La señora Rossi fue ciudadana de los Estados Unidos, pero perdió la nacionalidad al adquirir la rusa hace treinta años.

Plaza estrechó la mano de la mujer y luego la del hombre. Después de acomodarse los recién llegados en el sofá que hacía juego con el butacón que ocupaba Rubén, ella dijo:

—Permítame que le rectifique, señor Nomura. Desde hace dos meses soy de nuevo ciudadana de los Estados Unidos, o de la Unión Americana —esbozó una sonrisa—. Me cuesta llamar a mi país como se denomina ahora.

—Debo felicitarla entonces —dijo Nomura. Suspiró y añadió—: Creo que mi misión ha concluido en parte al presentarles. Es el momento adecuado para que el señor Plaza le explique el motivo de mi llamada urgente, señora Rossi.

Carla volvió a mirar a Rubén.

—Se lo agradeceré mucho —dijo—. Desde que recibí el cable del

señor Nomura no duermo por las noches, no entiendo nada.

—La cuestión es muy sencilla. Como ya conocerá, se trata de algo que no tiene nada de desagradable, sino todo lo contrario.

—Eso está por ver, señor Plaza —dijo Skawa.

Rubén apretó los labios. Era la primera vez que el negro hablaba y le bastó para comprender que debía de tener cuidado con él. Ahora no tenía ninguna duda de que no era un abogado, pero un sexto sentido le aconsejaba que le tuviera en cuenta. Archivó en su mente el propósito de hablar aquella misma noche con O'Hara y comentarle la intromisión del llamado John Skawa.

—Lo que me ha contado el señor Nomura respecto a Viachesla es asombroso —dijo Carla—. Jamás pensé que mi marido tuviera propiedades. Al morir me dejó deudas, nada más. Me costó mucho sacar adelante a mis hijos al principio porque las cosas marchaban por entonces muy mal en la URSS.

—En Tampa te dije que antes de volar hasta aquí debimos investigar, tal vez hacer unas preguntas en la embajada rusa —dijo John.

—Eso hubiera sido un error, —dijo Osima.

—¿Por qué?

—Las propiedades de su marido, señora Rossi, no están en Rusia, como ya sabe, sino en Alemania Oriental. Allí existe un régimen más parecido al capitalista que al comunista.

—¿Por qué se ha molestado usted tanto, señor Rubén? —preguntó Skawa. Cogió la botella de sake y se llenó hasta el borde uno de los pequeños vasos. Después de beberlo de un trago, volvió a inquirir—: ¿Qué conexión tiene con el señor Nomura?

—Déjenme explicarles. Pero antes me gustaría conocer si usted tiene algún interés legal con la señora Rossi.

—John está aquí porque es mi deseo —contestó Carla.

—En tal caso… Bien, estoy seguro de que admitirán mis explicaciones. Antes de que usted conociera a Viachesla, su marido emprendió una serie de negocios en diversos países europeos, todos ellos impulsados por su abuelo y con dinero de él.

—Nunca conocí a mi suegro —dijo Carla—. ¿Es que el padre de

mi marido no intervino?

—Supongo que sí, aunque no estoy seguro.

—Esto me resulta extraño —sonrió Skawa—. ¿De dónde salió el dinero para las inversiones? Se dice que son propiedades industriales por valor de muchos millones de rublos, de marcos o de dólares, una fortuna incluso teniendo en cuenta la inflación mundial. Hace unos veinte o treinta años las medidas monetarias seguían siendo en Rusia drásticas como siempre, tan severas como en la actualidad.

—¿Está pensando en dinero sucio, amigo? —preguntó Plaza.

—Sí.

—Ignoro cuál fue la procedencia de la fortuna que amasó su esposo, señora Rossi —sonrió Rubén—, pero lo cierto es que está ahí, en Alemania Oriental y en otras filiales europeas, y usted es una de las propietarias legales, junto con sus hijos.

Osima Nomura tosió discretamente y dijo:

—Permítame, señor Plaza. Debemos empezar por el principio. Señora Rossi, su marido no cayó en el frente asiático, sino que fue hecho prisionero por un cuerpo de ejército mercenario de Corea y permaneció varios años encerrado. Allí conoció a un amigo mío japonés, que pudo escapar. Sé que Viachesla murió en el intento. Durante años he sabido esto, pero hasta hace unos meses no me preocupé. Mis industrias venden maquinaria pesada a las factorías transformadoras de plantas para conseguir biogás.

—Así es —asintió Plaza—. Soy uno de los principales accionistas de una empresa que cultiva la materia prima para el biogás en la península Ibérica, Italia y Grecia, y la enviamos a Alemania Oriental.

—¿Dónde está el problema? —preguntó Skawa.

—En que para ampliar las factorías es preciso un aumento del capital y solicitar créditos internacionales.

—Mis fábricas están produciendo las nuevas maquinarias —dijo Nomura—, pero no podremos entregarlas sin los correspondientes avales bancarios. Aunque soy el dueño principal no puedo enfrentarme yo solo a todo mi consejo de administración.

—Esto me parece muy complicado —sonrió Carla.

—Yo tampoco soy un experto en finanzas —gruñó Skawa—. Les ruego que sean más claros.

—Durante años las factorías alemanas han funcionado correctamente aunque se desconociera el paradero de sus propietarios legales. En su nombre actuaban unos albaceas. Sabíamos que podíamos acudir a sus hijos de usted y de Viachesla que viven en Rusia, señora Skawa —Rubén terminó en voz baja las últimas palabras.

—¿Por qué no lo han hecho? —Preguntó John—. Son dos, Boris y Karna, ambos mayores de edad. ¿No son tan dueños como Carla?

—La propiedad está dividida en tres partes. Una de ellas pertenece a la señora Rossi, la otra es para los dos hijos habidos en el matrimonio, y la tercera es para el resto de la familia de Viachesla, los miembros en segundo grado o más lejanos que vivan —dijo Nomura.

—¿Qué asunto complica el negocio? —preguntó Skawa.

—La señora Rossi debe ir a Moscú primero y luego a Alemania, a Breslau.

—¿Para qué?

—Los bancos están dispuestos a financiar el proyecto, pero si antes de unos meses no se presentan los auténticos dueños, las factorías pasarán al Estado y el negocio con los países mediterráneos y con Japón quedará anulado.

—¿Qué ganaría usted? —preguntó Carla.

—¿Yo? —Rubén soltó un soplido—. Sería mi ruina y la de miles de inversionistas, de campesinos que han puesto todas sus esperanzas en ganar dinero con el biogás. Dentro de poco las factorías, a causa de sus instalaciones actuales, no podrán recibir más materia prima y las cosechas quedarán en los puertos sin embarcar.

—Usted busca un motivo lucrativo en esto, señor Skawa —sonrió Nomura—. Ahí lo tiene. Nos mueve el interés. Confieso que no me hubiera preocupado por lo que supe hace años si no fuera porque mis empresas perderían mucho dinero al no vender el utillaje que casi tenemos acabado. El señor Plaza y yo, como muchos miles de personas, queremos que la señora Rossi acepte la herencia de su marido.

—Ella permaneció varios años en la
URSS
—dijo Skawa—. ¿Por qué no se ocupó nadie de informarla?

—Eran negocios ocultos de la familia de su marido, legales en cualquier parte del mundo occidental, incluso en Alemania Oriental, pero no en Rusia. Además, por entonces la producción de biogás era sólo un proyecto poco avanzado, aunque con mucho futuro.

Carla sonrió a todos y a John en particular.

—Supongo que esto tiene que ser verdad, cariño. Nadie nos pide nada, sino que nos ofrecen.

—Tal vez tengas razón —respondió John—. ¿Es forzoso que vayamos a Moscú?

Nomura esperó que Plaza contestara, pero éste guardó silencio y tuvo que decir:

—Es imprescindible la firma de sus hijos, señora Rossi. Supongo que le agrada la idea de volver a verlos. ¿Cuánto tiempo hace que salió de la Unión Soviética?

—Seis años.

—Seguro que sueña muchas veces con verlos —sonrió Nomura.

Ella se volvió hacia su acompañante.

—Es verdad, John. Me gustaría ir. Pero quiero que tú me acompañes.

—No crea que pensaba dejarla sola allí, señora Rossi —se apresuró a decir Rubén—. Tenía previsto viajar con usted. Yo allanaría todos sus obstáculos en Moscú y Breslau. Cuento con la colaboración de los delegados del señor Nomura en esas ciudades.

—Quiero hablar a solas con Carla —dijo Skawa.

Nomura se levantó enseguida y abortó un intento de protesta de Rubén. Los dos hombres, una vez fuera del salón, se miraron, y el japonés comentó divertido:

—Le suponía más diplomático, señor Plaza. No le aconsejo que demuestre estar molesto porque ese negro no va a separarse de la mujer.

—Será un estorbo.

—Todos los estorbos son eliminables. Deje que el tiempo le diga si es listo o un simple negro medio analfabeto.

—No me parece analfabeto.

—Un hombre inteligente hace que otro parezca estúpido. De usted depende, señor Plaza, en este caso.

Unos minutos después, Carla y John aparecieron en la galería. Ambos iban cogidos del brazo y Rubén pensó que eran amantes

además de viejos amigos. Sí, tenía que hacer muchas preguntas a Percival
O’Hara
tan pronto como le fuera posible.

—Hemos hablado, señores —dijo Carla—. No creo que a ninguno se nos prohíba la entrada en Rusia. Yo puedo presentar mi pasaporte ruso y John sus nuevas acreditaciones. ¿Cuándo quiere partir, señor Plaza?

—Lo antes posible. Sé de un vuelo que cruzará China por una ruta segura. Partirá de Afganistán.

—Hace tiempo que no sobrevuelo Siberia y parte del Polo Norte —asintió Skawa—. Nos agradará.

—Me ocuparé de todo —sonrió Nomura—. Por supuesto, los gastos correrán por nuestra cuenta… Un anticipo.

—Muy amable su oferta —dijo Carla.

—No tengo prisa en que me devuelvan el préstamo —añadió el japonés acentuando su sonrisa, ahora mucho más divertida—. Lo harán cuando les parezca bien.

5

Una semana después de haber llegado a Moscú, Plaza acudió a la habitación que ocupaba Carla y le comunicó que aquella misma tarde podía ver a sus hijos. Boris había conseguido un permiso de sus superiores y Karna disfrutaba de unas breves vacaciones en la costa báltica y había volado a la capital tras obtener un pasaje sellado con alta prioridad.

—Es un encuentro al que tú debes asistir sin mi compañía —le dijo John cuando Rubén se marchó.

—Yo les escribí sobre ti —respondió la mujer—. Saben todo lo que ocurrió. ¿Qué temes? No se asustarán de tu color ni de lo feo que eres. Se imaginarán lo que quieran y no me importa.

—Han pasado seis años, cariño —sonrió Skawa—. Han podido cambiar.

Negó.

—No. Yo supe educarlos.

—Entonces has debido hacer de ellos unos pésimos comunistas.

—En Rusia quedan tan pocos comunistas como demócratas en Occidente. Está bien. Como quieras. Boris posiblemente seguirá en Moscú, pero Karna tendrá que volver al Báltico. Creo que estaba allí con su novio cuando la localizaron los amigos de Rubén.

Skawa consideró que aquel día era muy importante para Carla y no deseó perturbárselo con sus temores. Sabía que Rubén la acompañaría y luego, cuando acabasen los abrazos entre la madre y los hijos, plantearía a éstos el asunto de la herencia.

Después del almuerzo, Carla se enfundó el grueso abrigo, se protegió la cabeza con un gorro de piel y dijo a John tras besarle levemente, mostrando su nerviosismo:

—Tardaré. No me esperes despierto.

—No te preocupes por mí. Aprovecharé estas horas y echaré un vistazo al Kremlin y al mausoleo. Me han dicho que son las

distracciones más excitantes que encontraré en esta aburrida y fría ciudad.

—No te burles de mi segunda patria —rió Carla.

Apenas se quedó solo, John se acercó a la ventana y permaneció junto a ella hasta que vio alejarse el negro coche al que subieron Carla y Rubén.

Buscó un cigarrillo y lanzó un suspiro al comprobar que le quedaban muy pocos de los que logró entrar en su equipaje. Le horrorizaba la idea de fumar tabaco ruso, aquellos cigarrillos de larguísima boquilla y horrible sabor.

Mientras encendía el pitillo miraba dentro del cajón el pasaporte de Carla. Arrugó el ceño. Ojalá no lo necesitara mientras se ausentaba del hotel. Mecánicamente lo tomó y empezó a ojearlo. Era el pasaporte ruso, usado por su compañera nada más para cruzar la aduana del aeropuerto. Sabía algo de ruso y leyó en los caracteres al pie de la fotografía: Carla Litviova.

Skawa sonrió divertido. Sabía que el marido de Carla se llamó Viachesla, pero hasta entonces ignoraba que su apellido fuera Litviov. Ella siempre se había referido a él por su nombre en las contadas ocasiones en que lo mencionaba.

Un día en Tampa Carla le mostró una fotografía de Viachesla, tomada poco antes de que se marchara al frente. El ruso vestía uniforme impecable y sonreía bajo su gorra de plato. Moriría oficialmente tres meses más tarde, pero en realidad su muerte le llegó tres años después, según supieron por Osima Nomura.

Despacio, Skawa se puso el abrigo y salió de la habitación. En el vestíbulo del hotel no había mucha gente y salió al frío de la calle en donde el tráfico rodado se componía en su mayoría de autobuses públicos. Pensó que era el momento de visitar el metro y se encaminó hacia la entrada más próxima.

Mientras paseaba continuaba pensando en aquel asunto que les había llevado a Rusia, y recordaba las palabras de Rubén Plaza en el avión momentos antes de aterrizar en las afueras de Moscú.

Aquel hombre de mirada oscura y sonrisa forzada les dijo —en realidad se dirigió a Carla— que en todo instante debían actuar con sumo cuidado, ella sobre todo. Según las leyes rusas un ciudadano no podía poseer propiedades en el extranjero, pero en la práctica, como otras muchas cosas, no se cumplía. Existían miles de

funcionarios que invertían en otros países y frecuentaban los viajes a ellos para divertirse. Eran le élite oculta del país que vivía en barrios excelentes y apartados de la monótona miseria controlada de las grandes urbes.

Carla le había confesado la noche antes que ella tenía la idea de convencer a sus hijos a abandonar Rusia. Su sueño sería vivir con ellos en Suecia o Dinamarca, unos países donde las periódicas crisis mundiales no parecían notarse excesivamente. Carla había consultado con Rubén y aquel tipo le había asegurado que no existiría ninguna dificultad, una vez legalizada la herencia, en que parte de los beneficios le fuera transferida a donde quisiera.

No obstante, Skawa tenía sus dudas de que Boris y Karna quisieran marcharse y seguir a su madre. Por supuesto desconocía cuáles podían ser los motivos, pero presentía que no sería tan fácil como Carla comentaba llena de entusiasmo. Ella ni siquiera había mencionado lo que sería de sus relaciones. Daba por supuesto que John se integraría en la familia.

Pobre Carla, pensó John, buscando con la mirada a lo largo de la calle la entrada del metro. Era evidente que no quería enfrentarse a la realidad. Él sería para sus hijos un extraño, el amante negro de su madre, su viejo amigo de juventud, al que conoció íntimamente antes de tener que huir de los Estados Unidos para acabar refugiándose en Rusia. Lo más probable, se imaginó John, es que Boris y Karna le odiasen. Lo mejor sería no presentarse ante ninguno de los dos y esperar los acontecimientos.

Si ellos aceptaban la propuesta de escapar de Rusia y vivir cómodamente de los beneficios de las factorías alemanas, supondría para Skawa su regreso a América solo. Lo tenía decidido.

De pronto se encontró ante las escaleras que bajaban al subterráneo y empezó a descender por los escalones, buscando en su bolsillo algunos kopecks para comprar el billete.

Había estado en Moscú mucho antes de emprender su aventura en Nicaragua y esperaba recordar cómo usar el viejo y fabuloso medio de transporte moscovita, orgullo de la ciudad y del sistema desde que los primitivos bolcheviques decidieron enterrar en sus estaciones las riquezas zaristas para disfrute del pueblo.

No existía en el mundo ningún lugar como aquél para contemplar una belleza barroca situada a muchos metros bajo

tierra, un sitio muy aconsejable para un encuentro con un viejo amigo, concluyó pensando mientras adquiría su boleto.

Anduvo con pasos lentos por el vestíbulo, admirando las arañas que resplandecían colgadas del techo.

El gran reloj encajado en la complicada cornucopia de bronce dorado marcaba las tres y media de la tarde. John se detuvo un instante en la entrada al andén y luego regresó hasta donde había visto antes un largo butacón vacío, tomó asiento y esperó.

Iba a encender un cigarrillo, cinco minutos más tarde, cuando escuchó que una voz le decía a su lado:

—¿Le importaría darme uno de esos cigarrillos, señor?

Skawa alzó la mirada y vio que tenía junto a él a un hombre alto y rubio. Sostenía entre sus manos un gorro de piel negra y le sonreía algo tímidamente.

—¿Hace mucho tiempo que no fuma un cigarrillo americano?

—Bastante —replicó el otro. Tomó asiento y aceptó un pitillo del paquete de Skawa, dejó que éste se lo encendiera y dijo sin mirar de escrutarle—: ¿Se lo tomará mal si le digo que me ha sido muy fácil identificarle?

Skawa soltó una carcajada.

—Claro que no. No hay muchos negros en Rusia. ¿Sabes, Andrei? Te pareces mucho a tu padre.

—Él me habló mucho de usted.

—Llámame Jack, como me gusta que lo hagan mis amigos.

—Gracias, Jack.

—Supongo que no supondrá para ti ningún trastorno que te llamara por teléfono hace dos días. Luego me arrepentí un poco; temía que desde entonces me estuviesen vigilando.

—No exageres. Un funcionario me llamó al balneario donde estaba pasando unos días de descanso con una chica.

—Entonces lamento haberte interrumpido. Ella me estará odiando.

Andrei dejó de sonreír y su cambio sorprendió a Skawa.

—Mi novia me dijo que había recibido un telegrama de Moscú de su hermano. Los dos tenían una entrevista algo extraña. Luego supe que se trataba de una mujer que había llegado, vía Polo Norte, desde Afganistán. Y la acompañaba un hombre de color de nacionalidad americana.

John sintió como si le hubieran dado una coz en el estómago. El cigarrillo que sostenía entre sus dedos le tembló.

—¿Tú eres el novio de Karna Litviov? —Sacudió la cabeza—. No puedo creerlo. Es demasiada casualidad. Esto sólo ocurre en las novelas baratas, en los argumentos de telefilmes.

—A mí también puede parecerme insólito que tú, el viejo amigo de mi padre, que luchó junto a él en las Legiones Internacionales, sea el acompañante de mi supuesta suegra… Bueno, supongo que algún día Karna y yo nos casaremos.

—No estoy muy seguro, pero Carla, la madre de tu novia, me dijo que tú seguías en la costa báltica.

—Eso le hice creer a Karna, pero luego hablé con Boris y él me confirmó que su madre estaba en Moscú. Tomé el avión del día siguiente y ella no sabe que estoy en la ciudad.

Preguntó.

—¿Viniste para verme?

—Tu mensaje me alegró mucho y me intranquilizó después, cuando supe que esa mujer es tu amiga. ¿Qué tienes que ver con ella?

John se sintió muy incómodo y la mirada de Andrei le molestaba, la encontraba demasiado inquisitiva, notaba en ella una carga muy grande de desconfianza.

Recordó que a causa de Carla tenía muy limitada su capacidad para explicar a Andrei toda aquella historia.

—Para no complicar más las cosas te puedo decir que Carla y yo nos conocimos antes de que ella huyera de los Estados Unidos. Desde que volvimos a encontrarnos, hace casi seis años, vivimos juntos. Mi intención es no encontrarme con sus hijos hasta que sepa a qué atenerme. No deseo ser recibido por ellos tan fríamente como el ambiente que se respira en las calles, Andrei.

—Eso no podría vaticinártelo, amigo, pero conozco a Karna tan bien como a su hermano Boris y sé que ellos saben comprender más cosas de las que te imaginas. Quizá están algo resentidos porque han tenido muy pocas noticias de su madre durante estos años, nada más.

—Creo que nunca debí pretender saludar al hijo de Iosif Koniev, sino quedarme todos los días en el hotel —masculló Skawa.

—Yo estoy muy contento de haberte conocido, Jack. ¿Para qué

ha vuelto Carla Litviova?

Skawa se mordió los labios y luego respondió de mala gana, reprimiendo sus deseos de levantarse y marcharse de allí porque le repugnaba esgrimir mentiras ante un hombre que había deseado conocer y que le llamaba su amigo:

—¿Qué otra razón puede tener Carla que ver a sus hijos?

Andrei se enderezó y miró al frente. Por un momento pareció distraerse observando a la gente que cruzaba presurosa por el salón, pero Skawa presentía que su mente funcionaba activamente, o al menos así creía que debía hacerlo dadas las circunstancias.

—Yo conocí a Boris cuando Carla desapareció un día, misteriosamente, del país, sin dejar rastro. Luego supe por Karna que su madre permanecía en los Estados Unidos. Debo explicarte que Karna y yo intimamos porque tuve la oportunidad después de que su hermano empezara a trabajar para mi equipo. Por ellos sé que Carla Litviova es una gran mujer, que supo vencer todas las dificultades que ocurrieron en Rusia, tras enviudar.

A Skawa, como otros tantos detalles, le hubiera gustado explicar a Andrei que Viachesla Litviov murió algún tiempo después de que fuera dado por muerto oficialmente. Pero permaneció en silencio y dejó que Andrei continuara:

—Mi padre falleció en un accidente aéreo hace diez años, Jack, y en las noches de invierno le gustaba contarme cómo te conoció en el golfo Pérsico y de qué manera tú le salvaste una vez la vida.

—Pero él no te refirió que me libró de morir en dos ocasiones, ¿verdad?

—No lo mencionó.

—Así era Iosif Koniev —murmuró Skawa—. Sentí mucho cuando murió, lo leí… Creo que me enteré en México, pero las noticias no decían lo que él estaba intentando hacer en Rusia, por la simple razón de que al gobierno no le interesaba que en América se conociera nada respecto a Maskin Mihalov y sus colaboradores.

Los ojos de Andrei se iluminaron y volvió a sonreír cuando dijo:

—Pero seguimos luchando, Skawa.

—Lo sé. Tú has sabido reemplazar a tu padre. Ojalá Maskin Mihalov viva bastantes años.

Andrei sonrió como si se sintiera avergonzado:

—Esto que voy a decirte no lo leerás en los periódicos rusos,

Jack. Lamentablemente no existe una prensa libre, pero es posible que la tengamos dentro de pocos días.

—¿De qué se trata?

—Se van a reunir en Moscú todos los dirigentes de las repúblicas. Por primera vez podrán expresarse libremente y no acatar las órdenes del gobierno central, pero nosotros contamos con la mayoría y conseguiremos nuestros propósitos. ¿Conocías los proyectos de mi padre para cuando volviera después de haber servido en esas malditas Legiones Internacionales?

—Nunca me ocultó nada.

—Mihalov cuenta con el apoyo suficiente de los dirigentes honrados para acabar con este condenado estado de cosas, Skawa. Tenemos preparados los informes suficientes para desenmascarar la mayoría de las corruptelas, a los causantes del hambre en muchas regiones, a los asesinos que han masacrado aldeas enteras en Siberia.

—No te olvides del CEM; lo tenéis en vuestro suelo, cada vez más introducido en vuestras vidas, corrompiéndolo todo. Si no sois capaces de echar a patadas a todos esos ladrones de sonrisa hipócrita, acabaréis teniendo un gobierno títere que obedecerá a esa organización internacional.

Andrei miró el reloj del salón y se levantó.

—Tengo que irme, amigo Jack. ¿Dónde está Carla Litviova?

—En estos momentos estará con sus hijos.

Andrei torció el gesto.

—Debo pensar si decir o no a Karna que estoy en Moscú. De todas formas… —Se encogió de hombros—. Ya nos quedaban pocos días de descanso. La buscaré mañana y le diré que me he aburrido sin su compañía. Ella no se extrañará, sentía que yo me encontraba nervioso allí, tan próximo el momento en que lograremos nuestros objetivos.

—¿Qué hace ahora Boris Litviov? Carla me dijo que era oficial del Ejército.

—Lo dejó para dedicarse a la política, es mi ayudante, y uno de los hombres de confianza de Maskin Mihalov. A Boris le debemos la mayor parte de los informes sobre la corrupción. Se ha ganado una merecida fama de honrado funcionario y sus palabras no serán

dudadas por nadie.

Andrei tendió su mano derecha y Skawa se la estrecho.

—Tal vez no me encuentre en Moscú ese día, pero donde esté celebraré tu triunfo —dijo John.

—Eh, no seas tan formal —rió Andrei—. Tenemos que vernos en otro momento, más tranquilos. ¿Qué te parece una reunión familiar?

—Es posible —dijo Skawa en una sonrisa, sin la menor convicción sin embargo.

Antes de alejarse, Andrei le dijo en voz baja:

—Y no te creas vigilado por nuestra policía secreta, amigo. Dejé aclarado en mi oficina quién quería verme y no te molestarán.

—Lo celebro.

6

A Rubén Plaza le llegó la voz de O’Hara bastante nítida a pesar de la distancia. Sabía que podía hablar con toda tranquilidad porque aquella conversación no sería interferida. En la oficina principal del CEM en Moscú, a pesar de la estrecha vigilancia de que era objeto, los métodos de comunicación resultaban inviolables.

—Habíamos previsto que John Skawa acompañara a Carla Rossi, Rubén; no se inquiete —dijo Percival pausadamente—. Ese viejo aventurero será feliz si su amante consigue un buen puñado de dinero de todo esto. Averiguamos que en Tampa no encontraba trabajo fácilmente y siempre anduvo escaso de dinero. ¿Qué tal marchan las cosas?

—Ahora es medianoche en Moscú, señor. Ya sabe que está prohibido permanecer en las calles después de esa hora. Pasaré el día en estas oficinas. Esta tarde asistí al encuentro de la Rossi con sus hijos.

—Acostúmbrese a llamarla Carla Litviova. ¿Qué ocurrió?

—Esperé fuera un rato, hasta que calculé que se habían cansado de abrazarse. Entonces expuse a Boris y Karna el asunto.

—¿Cuál fue su postura?

—Se sorprendieron mucho al principio, pero luego parecieron entusiasmarse.

—¿Firmaron?

—Aún no, señor —al responder, Plaza sintió que su garganta se llenaba de agujas que le herían.

—¿Por qué?

—Han postergado la firma para mañana; dicen que quieren pensarlo. Señor…

—Capto en su voz cierto temor. ¿Qué demonios le pasa?

—Slater, Joel Slater, me pasó un informe hace un momento.

—¿Slater? ¿Quién es?

—Digamos que es el encargado de la seguridad en estas oficinas. A petición mía estuvo vigilando a Skawa estos días. Desde que estamos en Moscú no detectó nada anormal en sus movimientos… hasta hoy.

—¿Qué hizo Skawa?

—Se encontró en el suburbano con un hombre, el hijo de un viejo amigo, un camarada que conoció en el conflicto del Pérsico. Señor, se trata de Andrei Koniev.

—Lo suponía en un balneario, reponiendo fuerzas para acometer su gran empresa —gruñó Percival—. ¿Es que corrió tras la falda de su novia?

—No exactamente. Vino hasta Moscú porque Skawa estuvo buscándole. Andrei le dijo que le esperaría en una estación del metro y allí permanecieron un buen rato hablando.

—Esto no me gusta, Plaza.

—A mí tampoco. Andrei podría sospechar algo y hablar con Karna y Boris, hacerles preguntas que le llevarían a la verdad.

—Tal vez llegara a conclusiones muy exactas si volviera a entrevistarse con Skawa. Sí, puede que tenga razón, Rubén: ese hombre es una molestia.

—¿Qué sugiere?

—Dígaselo a Slater. No lo conozco, pero si está en Moscú para encargarse de la seguridad, podemos confiar en él, sabrá cómo actuar.

—Estamos muy vigilados, señor. Slater no podría llevar a cabo una acción final contra Skawa.

Plaza escuchó que Percival soltaba una carcajada.

—Deje a Slater, seguro que conoce medios que no le comprometerán. Escuche, Plaza, quiero para mañana mismo esas firmas. Los documentos deben de salir cuanto antes de Moscú y ser entregados a nuestros especialistas en Viena y Berna. Está haciendo un buen trabajo por ahora, no lo estropee.

Rubén asintió y luego dijo que sí. Oyó que Percival se despedía de él. Cuando comprendió que había colgado, depositó el teléfono e impulsó la silla con ruedas para volverse y mirar al hombre rubio y

muy delgado que le había estado escuchando en el más absoluto silencio.

—Confían en usted, señor Slater —dijo Rubén.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Joel. Al sonreír mostró unos dientes muy largos. Plaza pensó que sonreía como un caballo ante la vista de un montón de alfalfa.

—Skawa. Hágalo de manera que parezca normal en esta ciudad.

—Lo parecerá.

Joel se levantó y se marchó.

A solas, Rubén se secó el sudor de la frente y miró por la ventana. Empezaba a nevar. Luego contempló el sofá donde le habían dejado algunas mantas. Allí pasaría la noche, pensó con amargura.

Encendió un cigarrillo y se ocupó de ordenar sus ideas. Apenas transcurrió un minuto empezó a dolerle la cabeza y se llenó un vaso de vodka. Era la única manera que tenía a la mano para dormirse pronto. Deseaba dejar de pensar, de atormentarse calculando las consecuencias que tendría para su carrera si fracasaba en la misión que le había sido encomendada.

Por una parte le importaban muy poco sus intereses en la maldita compañía, que estaba empeñada hasta el gorro en el asunto de biogás. Tenía las suficientes garantías de que si todo se hundía él sería debidamente recompensado con fondos del CEM. De todas formas, el escándalo sería grande y durante mucho tiempo le sería muy difícil poder emprender otro negocio en envergadura porque se le cerrarían muchas puertas, al menos en los niveles ajenos al CEM, en donde los estúpidos mediocres le tildarían de incapaz y le llamarían fracasado. Allá ellos, masculló al beber el tercer vaso de vodka. Dentro de poco tendría un puesto en el Consejo del Comité y podría reírse de los que se alegrarían del hundimiento de sus negocios.

Plaza se dirigió al sofá y se tumbó en él. Cerró los ojos después de apurar el resto de licor de la botella y al cabo de un rato roncaba ruidosamente.

7

Aquella noche no durmieron juntos, ninguno acudió a la habitación del otro. John no le dio importancia, pensó que a Carla, tras la reunión con sus hijos, un súbito pudor le impidió cruzar el umbral, como había estado haciendo todas las noches.

Se reunieron en el comedor bien avanzada la mañana y pidieron el desayuno a una camarera rubia y gruesa. Estaban casi solos en el enorme salón con amplias ventanas por las que se veía caer la nieve.

—¿Qué tal fue? —preguntó John moviendo el café, sin mirarla.

—Oh, bien. Estuvimos hablando muchas horas, sobre todo después que se marchó Plaza.

Skawa prefirió no saber la decisión de sus hijos y se limitó a comentar a Carla:

—Volví tarde.

Ésta inquirió.

—¿Qué estuviste haciendo?

—Paseando. En la calle me abordó un tipo —sonrió—. Era muy listo, enseguida comprendió que yo era extranjero. Quería comprarme todo lo que llevaba encima, incluso los calzoncillos, pero al final pretendió venderme un pasaje a las estrellas.

—¿Un lugar en una nave Kherle? —inquirió Carla, súbitamente alegre.

—Sí, no te rías. Al parecer en este país el timo de moda es sacar unos rublos a cambio de una recomendación para alejarse de la cochina Tierra.

—Boris me contó que existe un auténtico mercado al respecto —Carla mordisqueó una tostada y frunció el ceño ante el pésimo sabor de la mantequilla—. Pero es a nivel oficial.

—¿Cómo lo hacen?

—Los funcionarios se hacen con las admisiones verificadas antes

de que los elegidos sean notificados oficialmente.

—Creo que puedo adivinar el sistema. ¿Se ponen en contacto con los afortunados?

—Sí. Un individuo visita al seleccionado y le propone que mediante una cantidad de dinero irá seguro en el próximo viaje, que él dispone de influencias.

—¿Y caen en la trampa?

—Supongo que en un elevado porcentaje. Esos timadores les garantizan el pasaje. Si no es como le prometen, se le devolvería el dinero.

—¿Y nadie denuncia?

Carla se encogió de hombros.

—¿Quién se atreve a hacerlo? Nadie piensa que de todas maneras hubiera obtenido el certificado.

Skawa meneó la cabeza.

—Es una muestra muy pequeña de lo que pasa en este país. Espero que tus hijos no lo piensen mucho y acepten marcharse contigo.

Ella le miró fijamente.

—¿Lo dices sinceramente? ¿De verdad quieres que sea así?

—Pienso que es mejor para ti.

—¿Lo mejor para los dos?

Skawa buscó nerviosamente un cigarrillo.

—Enfrentémonos a la realidad, querida. ¿Te imaginas viviendo tú y yo en compañía de tus hijos? —Soltó una risa que se le quebró enseguida y acabó en un gruñido—: Soy un yanqui y negro. Ya es una suerte para ti que no te hayan recriminado tus relaciones conmigo.

—Estás rabiando por saber lo que ellos piensan de mi amante. Vamos, reconócelo.

—Sí, es cierto —masculló John—. ¿Qué me han llamado cuando se refirieron a mí?

—Les enseñé una fotografía tuya y Karna se limitó a comentar que había visto negros más feos en las películas americanas.

Skawa se quedó con la boca abierta. Tardó en comprender la ironía de Carla. Los dos se echaron a reír.

—¿Estás insinuándome que desean verme? —preguntó el hombre.

—No puedo decirte que están locos de contento, pero tampoco han hecho un drama familiar. Mira, Jack, luego saldré. Voy a dar una vuelta por ahí con mi hija.

—¿Vais de compras, a mirar tiendas? —preguntó remarcando su tono burlón.

Ella se levantó y le estampó un beso en los labios.

—La mordacidad no te va, cariño. Aquí hay pocas tiendas que mirar y escaso el género que elegir. ¿Nos vemos para cenar?

—¿Por qué no?

Cuando Carla se alejaba, Skawa descubrió que los escasos clientes habían estado observándole. Les devolvió desafiante la mirada y consiguió que le dejaran en paz. Le fastidiaba ser contemplado como un bicho raro, y en aquel país parecían no tener otra mejor distracción que estudiar a los turistas.

De pronto el desayuno le pareció intragable y se levantó. Llegó al vestíbulo justo a tiempo para ver que Carla salía del hotel y entraba en un taxi. John se entretuvo y adquirió en recepción un periódico. Aunque hablaba muy mal el ruso conseguía leerlo un poco.

En la calle, maldiciendo del frío, libró una pequeña batalla con el periódico a causa de sus guantes. Pero tenía curiosidad por leer las noticias y se fijó enseguida en un suelto que hacía referencia a la partida en el Complejo Lunar de la nave K-30, cuyo destino se llamaba Corvus, un planeta bajo la influencia de una estrella catalogada hacía unas décadas como M-876-2. Quizá su descubridor entonces no pudo imaginarse que años más tarde sería el destino de diez millares de seres humanos.

Y entre ellos estaban sus viejos amigos Samuel Lachman y Carol Smith. Mentalmente, Skawa les deseó un feliz viaje. Recordó el día en que recibió una carta anunciándole su próxima partida.

Aparte de la mención a la nave Kherle no encontró otra noticia referente a los extraterrestres. John se encogió de hombros, decepcionado. A pesar de lo que había dicho Andrei Koniev, en Rusia las cosas seguían igual que cuando conoció a Iosef Koniev. Si iban a cambiar algún día no confiaba en llegar a verlo.

Skawa, escéptico por naturaleza, era incapaz de ilusionarse por

algo, y mucho menos ante un proyecto quimérico como el imaginado por Andrei.

Al doblar el periódico para guardarlo en un bolsillo de su abrigo, giró la cabeza y creyó ver que un solitario viandante se detenía e intentaba disimular, pero él sabía que le seguía. Sonrió levemente y tuvo un recuerdo para Andrei, un pensamiento recriminatorio. A pesar de lo dicho por el hijo de Iosef Koniev, la policía secreta estaba dispuesta a no dejar de vigilarle.

Le importaba muy poco las molestias que se tomaran por él. Durante un breve momento estuvo tentado de buscar un teléfono y llamar a Andrei para darle las gracias por la escolta, pero se dijo que podía ocurrir que el joven ignorase que alguien caminase tras su sombra y pensó que aquello podía divertirle. En otros tiempos había sido un artista para desembarazarse de sus seguidores.

Descubrió que un taxi se acercaba y alzó la mano para detenerlo. De reojo se aseguró de que no llegaba ningún otro por la calle. Si el desconocido no quería perderle de vista tendría que correr tras el coche.

El vehículo se detuvo y Skawa, cuando lo tuvo enfrente, observó que se trataba de uno de aquellos recientes modelos que funcionaban con motor diésel y energía solar. Lo nublado del día le hizo suponer que aquella mañana tendría que consumir gasoil. Antes de entrar escuchó el rumor del motor.

El taxista, un hombre mayor de gorda cara, se volvió para inquirirle con un gesto a dónde deseaba ir.

John le dio el nombre de un barrio algo alejado de aquella zona. Notó inmediatamente que al taxista no parecía hacerle mucha gracia tener que ir hasta allí y le escuchó decir en un inglés pésimo:

—Eso está fuera de tarifa, señor.

Skawa le tendió un billete de veinte dólares que hizo le brillaran los ojos al hombre y rápidamente se lo guardara.

—No es un buen barrio, señor —le advirtió el taxista.

John asintió. Sabía que no era el distrito más elegante de Moscú, pero alguien le contó una vez que para conocer la realidad rusa debía ir hasta allí y comprobar con sus propios ojos ciertos aspectos del antiguo paraíso comunista.

Cuando el coche se puso en marcha se volvió para mirar por la ventanilla trasera. El hombre que suponía le estaba siguiendo había

saltado a la calle y miraba a todas partes, sin duda maldiciéndole mientras buscaba otro taxi.

Unas calles más abajo creyó ver que un coche le seguía, pero tomó otra dirección y ya no se preocupó más. Al diablo si era vigilado. ¿Qué le importaba a él?

Veinte minutos después se detenía el coche y el taxista le decía:

—Aquí empieza, señor.

Skawa le entregó unas monedas de un rublo como propina, y por la expresión del taxista dedujo que éste hubiera preferido otro billete de la Unión Americana.

Bajó y anduvo por la acera todavía cubierta de nieve, contempló las casas que le rodeaban y creyó comprender por qué en aquel barrio aún no había pasado ningún tipo de servicio de limpieza. Todo aquello debió ser construido al finalizar la segunda guerra mundial y tenía aspecto de caerse de puro viejo de un momento a otro.

La gente que se cruzaba con él caminaba deprisa, tanto que pocas personas se daban cuenta de que era un negro, un extranjero por lo tanto. Skawa se preguntó cuántos hombres de color habría en Rusia, nacidos allí.

Se alzó el cuello del gabán y bajó cuanto pudo el gorro de piel. Era la única manera de llamar la atención lo menos posible. Llegó a una plaza en cuyo centro se alzaba un monumento a los héroes de alguna guerra, rodeado de una escalera circular. Todos los escalones estaban ocupados por grupos de jóvenes que se calentaban alrededor de hogueras. Se acercó un poco más y su olfato captó sin mucho esfuerzo que fumaban algo muy diferente a tabaco.

Una muchacha delgada rubia estaba sentada muy próxima al fuego que surgía de un bidón y parecía canturrear. A su lado, un muchacho tenía remangada su chaqueta y con la otra mano sostenía una jeringuilla clavada en una vena.

Para Skawa era una muestra más que suficiente. En el otro extremo de la plaza paseaba una pareja de policías, indiferentes. Asqueado, volvió la espalda al triste monumento y echó a andar. Había visto que a su derecha, donde daba comienzo un dédalo de callejuelas, había una taberna. Necesitaba tomar algo que le reconfortase.

Dentro del establecimiento no había muchos clientes, apenas

ocupadas dos o tres mesas de la docena con que contaba el estrecho salón. Skawa se dirigió a la barra y desafió por un instante la mirada asombrada del hombre que la atendía.

Pidió un coñac y recibió una negativa.

—Está bien, deme un vodka —exclamó en ruso.

Cuando le fue servida la copa notó que alguien se inclinaba a su lado sobre el mostrador. De soslayo vio que se trataba de un hombre alto, de negro abrigo y gorro montañero.

—Ponga dos coñacs —le escuchó decir en autoritario ruso—. Aquí siempre tienen algo de *brandy*.

Skawa comprendió que las últimas palabras estaban dirigidas a él y miró directamente al desconocido.

Cuando tuvieron delante las dos copas de coñac, una de ellas le fue acercada por el hombre, al tiempo que le decía:

—Bébalo tranquilo. Es de contrabando, no esa basura que se destila clandestinamente.

Skawa rozó la copa y vio que el otro se la bebía de un trago.

—¿Quién es usted? —preguntó en ruso.

—¿No me acepta una invitación? —sonrió el hombre. Su inglés fluido no sorprendió a Skawa.

—Claro que sí —John alzó la copa y la apuró después de probar un sorbo. No era un mal *brandy*, decidió.

—¿Qué busca por aquí?

Skawa se encogió de hombros. Aún no había calificado a aquel tipo y prefería ser precavido. Respondió:

—Algo de diversión, pero me estoy dando cuenta de que todo es muy triste.

—Con su dinero puede conseguir lo que quiera.

—¿Cocaína, heroína? —sonrió—. Ya he visto que la hierba es tolerada.

—¿Lo dice por la Policía que patrulla en la plaza? Bah, ésos mantienen los ojos cerrados en estas calles. Nada más que en estas calles; pero usted les vería actuar si el tráfico fuera de otra clase. ¿Qué desea?

—No lo tengo decidido.

El ruso se apoyó de espaldas al mostrador y giró la cabeza para mirar a Skawa directamente. Tenía un rostro muy oscuro y los labios gruesos, el resultado de una mezcla de razas algo extraña.

—¿Muchachas jóvenes? —Preguntó en voz baja—. ¿Algún chico?

—Tal vez.

—No pierda tiempo buscando por ahí. Yo le llevaría…

Skawa se apartó del mostrador.

—Gracias por la copa.

—Espere…

Skawa no le dejó que completara la frase. Alcanzó la salida y una vez fuera caminó deprisa. No pasó por la plaza, sino que tomó por una calle estrecha que calculó le devolvería al mismo sitio donde le había dejado el taxi, pensando que algo lejos de allí no le sería muy difícil encontrar otro.

Se llamaba estúpido sin cesar porque de pronto había creído reconocer al tipo de la taberna como el mismo que viera seguirle al abandonar el hotel.

Antes de salir de la callejuela sintió que una mano le sujetaba por el hombro. Skawa llegó a la conclusión de que estaba perdiendo facultades, aunque culpó a la blandura de la nieve que no escuchara los pasos que se aproximaban.

—Espere, no tenga tanta prisa —le dijo la voz del hombre de la taberna.

Skawa se volvió despacio.

—¿Qué quiere de mí? Déjeme en paz.

El otro le señaló la entrada oscura de una casa tras separarse un poco de él. Tenía una mano metida en un bolsillo del negro abrigo y John presintió que allí ocultaba un arma, sin duda una pistola.

De pronto pensaba que aquel individuo no era el chulo de alguna puta o un vulgar vendedor de drogas, sino alguien que había estado tras sus pasos, por lo que desechaba la posibilidad de que estuviera armado con una navaja.

—¿Quién le ha mandado? —preguntó Skawa, desoyendo la petición de ir hacia la puerta.

—¿Qué supone?

Skawa miró a ambos lados de la estrecha calle. No pasaba nadie. Todas las ventanas y puertas, excepto aquella que tenía cerca, permanecían cerradas. No lo pensó más e intentó echar a correr. Pero ya no era el ágil aventurero que unos años atrás hubiera sorprendido a cualquiera, e incluso haber puesto fuera de combate a

aquel tipo. Fue agarrado por un brazo, sintió que le era doblado a la espalda y se mordió los labios para no gritar de dolor, tal vez porque allí nadie acudiría en su ayuda, y además porque no quería mostrar al desconocido, en un insólito arranque de orgullo, su debilidad.

Antes de entrar en el portal, del que salía un hedor a viejo y corrompido, a casa vacía y abandonada, percibió de reojo el cañón de una pistola con silenciador. Jadeó y ahora sí gritó de dolor, pero fue un grito fingido porque el hombre no le presionaba tanto el brazo, consiguió sorprenderle y le hincó el otro codo en el estómago, logró que le soltara y aprovechó para empujarle al interior de la vivienda.

Emprendió una carrera que pretendía fuera veloz, pero resbaló en la sucia nieve unos metros más adelante. Se revolvía para incorporarse cuando descubrió que otra sombra avanzaba hacia él por la dirección que había elegido para buscar la salvación. Al mirar hacia atrás vio al asesino salir del portal, agitando los brazos, rabioso el rostro. Adelantó la mano armada y le apuntó con la pistola.

Skawa se dijo en una fracción de segundo que allí acababa su vida y sus preocupaciones. Estaba cogido entre dos fuegos. Ni siquiera siguió intentando levantarse.

De pronto vio, lleno de sorpresa, que el hombre del gabán negro saltaba hacia atrás a la vez que escuchaba un seco estampido. Giró la cabeza y observó que el segundo personaje seguía avanzando hacia él y del revólver que llevaba en la mano izquierda surgía un poco de humo.

John buscó el apoyo de una ventana y se enderezó. Miró al segundo desconocido que se había detenido a dos metros de él.

—Si me entendiera le daría las gracias —jadeó, incapaz de expresarse, debido a su estado de nervios, en su ruso deficiente.

—¿No cree que yo también puedo tener motivos para matarle, John Skawa? —preguntó el otro. Era joven y su inglés sonó a los oídos de Jack demasiado académico, pero con un acento que por el momento no pudo identificar.

Skawa observó el abrigo del joven. Era tan oscuro como el del muerto. Ahora no sabía quién de los dos viera cerca del hotel.

Dejó a un lado sus elucubraciones cuando se acercaron dos

policías corriendo, quienes al ver que había un muerto y el hombre del revólver en la mano podía ser su matador, desenfundaron sus armas.

Pero el salvador de Skawa sacó con la otra mano una cartera y la abrió, hablando rápidamente a los policías. Skawa sólo entendió que el cadáver correspondía a un asesino y debían ocuparse de él. Los hombres uniformados saludaron y uno de ellos pasó delante de Skawa, a quien miró de soslayo, y se inclinó junto al cuerpo.

—Vámonos —dijo el joven a Skawa—. Ellos se encargarán de limpiar un poco ésta callejuela.

—¿Quién es usted? Parece alguien importante. Los policías palidecieron al ver su credencial.

—Esos dos rufianes se sentirán muy felices dentro de un rato, cuando comprendan que no les pasará nada, ya que debieron intervenir al oírle gritar, como yo le escuché. Ha tenido mucha suerte, Skawa. Sí, debe ser un hombre afortunado.

—¿Usted cree? —preguntó Jack con sorna. Toda su vida había pensado exactamente lo contrario.

—Tengo mi coche cerca.

—Usted me vigilaba. Le vi por los alrededores de mi hotel.

—Estaba preguntándome si debía entrar a verle. Iba a marcharme cuando le vi salir después de mi madre.

—¿Su madre? —repitió Skawa. Se fijó en el rostro del joven y no tuvo ninguna duda a equivocarse cuando dijo—: Tú eres Boris Litviov.

Boris asintió.

—Había otro esperándole, Skawa, pero su coche estaba más cerca. Ha venido detrás de usted hasta aquí. Le facilitó mucho su trabajo eligiendo este escenario. Aquí puede desaparecer un cuerpo para siempre. ¿Qué se le había perdido en un sector semejante?

—La curiosidad estuvo a punto de perderme.

—En otros tiempos un turista no podía hacer lo que usted quería, Skawa; entonces no se le dejaba visitar los lugares vergonzosos —Boris sonrió tristemente—. Bueno, supongo que últimamente abundan nuestros motivos de vergüenza.

Habían llegado hasta un coche negro y grande. Tenía una insignia oficial en las puertas delanteras. Boris invitó a Skawa a entrar y dijo cuando se situó ante el volante:

—Hay gente que vigila a los turistas durante días, esperan el momento propicio para robarles, saben que llevan divisas y objetos de valor. Debería ser más precavido.

Skawa no quiso contradecirle. Tenía otra teoría respecto al hombre que había intentado asesinarle. Sacó un cigarrillo y lo encendió después de que Boris le dijera que no fumaba.

El coche se alejaba despacio por las calles nevadas del tétrico barrio y Skawa preguntó:

—¿Por qué vacilabas en verme, Boris?

—Está bien —suspiro Boris—. Nos tutearemos. Te has hecho parte de la familia.

—Eso parece no gustarte.

—Me irrita, es la realidad.

—Agradezco tu sinceridad.

—¿Dónde te llevo?

—Creo que estaré mejor en el hotel.

—Sí, claro. ¿Qué te ha contado mi madre de la entrevista que mantuvimos?

—No mucho. Me aseguró que… Bueno, no pareció importaros mucho que ella y yo viviéramos juntos.

—La verdad es que nos molestó. Ella no te ha contado lo que sucedió. Karna lo aceptó mejor que yo. Sin embargo…

—Sigue. Te digo que me gusta la sinceridad.

—Anoche apenas dormí pensando en todo ese jaleo de la fortuna que inició mi abuelo el siglo pasado en Alemania Oriental y en cómo tú te habías metido en la vida de mi madre; pero ella me contó que te había conocido hace muchos años, cuando se originó el asunto de la nave encontrada en una gruta de América Central.

Por primera vez desde que estaban juntos, Skawa percibió un gesto de admiración en Boris hacia él.

—Sí, tuviste mucho que ver con aquel descubrimiento, y también más tarde cuando se investigó —siguió diciendo Boris—. No comprendo cómo te han tratado tan mal tus compatriotas. Hiciste mucho, ¿no?

—Algunos pensaron que estuve torpe en cierta ocasión y eso fue suficiente para que me arrojaran y me desposeyeran de la ciudadanía —se quejó Skawa.

—Pero el contacto de con los kherles se debió a vosotros, a ti y a

mi madre.

—Es posible. Algunas veces lo dudo.

—¿Qué dudas?

—De que hubiera sucedido. Hace apenas seis años cuando Carla y yo estuvimos en la Luna… —Skawa frunció el ceño—. Oye, estás demasiado bien enterado de todo, y sé que nada de lo que ocurrió, como exactamente ocurrió en el viejo complejo, se publicó en Rusia. Si lo sabes, Carla debió estar toda la tarde de ayer hablándote al respecto.

Boris negó con la cabeza.

—Mi madre nunca nos contó por carta, en las pocas que nos escribió durante estos seis años desde América, para qué la sacaron un día de Rusia. Ella se marchó sin decirnos nada, pero yo conozco la verdad porque el general Tchanekow me lo refirió hace dos años.

—Ah, el viejo y gruñón Tchanekow —sonrió Skawa—. ¿Qué es de él?

—Murió el año pasado. Jack…

—¿Sí?

—Mi madre no debería marcharse. Quiero decir que la necesitamos en Rusia.

—¿A ella?

—Sí. Mi madre y tú sois las únicas personas capaces de echar a un lado a los actuales interlocutores de los kherles. Fuisteis vosotros quienes rompisteis el hielo, ¿no? La gente debe conocer la verdad.

—¿Es la nueva política rusa? —inquirió Skawa, burlón.

—No olvides que en América también se ocultó vuestros nombres. ¿Qué diferencia encuentras en tu país actual y el mío? En los dos sitios surgen nuevas organizaciones fascistas, aunque no se llamen así.

Skawa meneó la cabeza.

—Jamás nos pondríamos de acuerdo en separar lo que une y divide el comunismo del fascismo. Dejemos este asunto. ¿Qué has pensado respecto a tu madre, Boris?

—Karna y yo deseamos que permanezca a nuestro lado, que viva en Moscú o donde quiera, pero en Rusia. Ella fue acogida aquí en el peor momento de la Humanidad.

—Admito que Carla ama este país, pero…

—Espera. Déjame que siga. Ahora más que nunca es preciso que

ella, como una de las interlocutoras más cualificadas ante los kherles, nos ayude a desplazar al Comité Económico Internacional, a echarlo de una vez para siempre de Rusia. Ya no necesitamos su tutela o arbitraje para seguir adelante. Fue creado en un momento de crisis y lo aceptamos de mala gana. Ellos lo saben, Jack; conocen que si no actúan radicalmente perderán su hegemonía en poco tiempo. Y vamos a empezar aquí.

—¿Sabes lo que ocurrió hace unos meses en Nueva York?

—Algo sé. Se dice que todo estaba dispuesto para que muriera el Presidente Mulligan. Ahora tenemos en la Casa Blanca a un títere del Comité. Jamás creímos aquí que los activistas europeos pensaran asesinar a Mulligan y parte de su gabinete.

—Carla era una chica con poderes paranormales, pero de eso fue hace tiempo. Actualmente no tiene esas cualidades que la permitieron acceder antes que nadie a los kherles.

—No importa. Podríamos recuperar el pasado. Carla Litviova, cuando era Carla Rossi, debió convertirse en un símbolo. Ahora necesitamos ese símbolo, Jack. De algún modo ella está obligada a representarlo. No puedo decir lo mismo de ti. Eres libre de quedarte o marcharte, pero tú nos servirías de mucho.

—¿Cómo? Estoy cansado, Boris. Aunque no lo creas, estoy cansado.

—Te estoy ofreciendo algo por lo que luchar. ¿Es que no has escuchado lo que se propala por ahí, por todo el mundo? Se trata de una propaganda muy sutil, subliminal, impulsada por el CEM. Se pretende un gobierno supranacional, terrestre. Oh, sería muy hermoso si no fuera porque al final quedaría en un concepto nuevo de un imperio total que privaría a la Humanidad de las más elementales libertades.

—Tengo que hacer un esfuerzo para no verte como un funcionario gubernamental de un país donde la libertad de expresión no se prodiga desde hace un siglo.

—Incluso más. ¿Qué había antes de la Revolución?

—Sí, tienes razón. Pero…

—No, Skawa. Lo que puede venir dejaría en pañales la Rusia staliniana. Sería horrible, sería…

—No sé lo que puede ser, pero estás soñando.

Skawa hubiera querido decir a Boris que había conocido al fin a Andrei Koniev, su jefe directo, y añadirle a continuación que ahora no sabía a ciencia cierta quién de los dos era más iluso. A ambos los veía como unos soñadores que acabarían despertando a la realidad tarde o temprano, y al dúo podía añadir, transformándolo en trío, a Maskin Mihalov.

Boris cerró una mano y mostró a Skawa el puño.

—Todo está preparado, Jack.

—¿Qué piensas de Koniev?

—Será quien suceda a Mihalov, y él hará grande Rusia, a toda la Tierra.

—Andrei es muy joven, y en este país sólo llegan al poder los viejos, salvo muy contadas excepciones. Boris, dime qué vais a hacer tu hermana y tú respecto a la herencia. Tu madre ha venido con otros pensamientos y tú me has explicado unos proyectos que difieren mucho de los suyos.

—Me importa un bledo ese dinero —Boris sacudió la cabeza—. Nunca conocí a mi abuelo. Mi padre siempre habló poco de él. Al parecer estuvo mezclado en un feo asunto, pero si alguna vez anduvo metido en negocios poco claros, no creo que llegara a amasar una fortuna, con capital en Suiza y grandes inversiones en Alemania del Este cuando en aquel país empezó la liberalización económica. Ese hombre, Plaza, no me gusta.

—Bueno, coincidimos en eso, pero existe cierta diferencia entre que nos agrade o no Plaza y arrojar un montón de dinero a la cloaca.

—Plaza me contó lo que pretende.

—Sí, salvar de la quiebra sus inversiones.

—¿Qué me aconsejas?

—Nunca te aconsejaría al respecto. Mi situación ante vosotros es muy delicada.

—¿Te quedarías en Rusia?

La pregunta, inesperada en aquel momento para Skawa, le dejó sin capacidad de respuesta. Cuando consiguió reaccionar, el coche se había detenido a poca distancia de su hotel.

—Es mejor que no nos vean juntos. Mucha gente me conoce —dijo Boris seriamente—. No te ofendas, no es por ti. ¿Te quedarías, Jack?

—Supongo que sí, pero déjame que lo piense. ¿Por qué no esperamos a que Carla decida?

8

—¿Buenas noticias? —preguntó Karl Bomberg al entrar en el despacho de Percival
O’Hara
.

El Director levantó la mirada de los informes, sonrió con parquedad e indicó al recién llegado que se acomodase frente a él, al otro lado de la mesa.

—Hola, Karl. Has venido con retraso.

—Había problemas en el aeropuerto —se quejó el alemán—. Ni siquiera un hombre con prioridad como yo es capaz de eludir el maldito tráfico. ¿Qué leías cuando entré?

—Un larguísimo télex de Osima Nomura.

—¿Dónde está? ¿Sigue cultivando sus flores en su deliciosa finca?

—Oh, no. Le pedí que fuera a Moscú —Percival hizo un gesto cargado de contrariedad y cansancio—. Dios mío, hoy en día es difícil confiar en la gente. Rubén Plaza no nos está resultando muy eficiente.

—Comprendo. Me han dicho que John Skawa sigue vivo.

—Eso no fue culpa suya, admitámoslo. Un tal Joel Slater, agregado a nuestra oficina en Moscú, se ocupó de buscar un asesino. Los profesionales rusos son una mierda. Skawa escapó hace dos semanas de un intento, y desde entonces está protegido.

—¿Por quiénes?

—No lo sé. Son agentes no adscritos a ningún departamento ruso conocido por nosotros. Pero Skawa no me inquieta mucho, sino que Rubén continúe sin obtener las firmas —Percival suspiró—. El tiempo se nos agota, Karl.

—¿Otra vez Maskin Mihalov?

—Sí, otra vez ese maldito viejo. ¿Conoces su última jugada?

—¿Te refieres a lo de Suráfrica?

—Eso es. Acusa a la Unión Americana de apoyar el régimen racista, de que suministra armas y dinero para atajar las oleadas que bajan al Sur en busca de alimentos. Mihalov propone que se derribe el muro de contención que protege a la población blanca afincada en el cinturón costero.

Bomberg frunció el ceño, preocupado.

—¿Nomura está en Rusia para plantear al gobierno la petición Kherle de incrementar la fabricación de naves en el Complejo?

—Yo le confié esa misión, pero no expondrá nada hasta que la situación se aclare un poco. Ayer hablé con Nomura y le noté algo nervioso. ¿Te imaginas a Nomura nervioso?

Karl sacudió la cabeza.

—Los rusos romperán en mil pedazos los compromisos ante la nueva petición Kherle. Ya sabes que ellos quieren una mayor participación en el Proyecto, no se fían de lo que hacen sus propios comisionados. Esos malditos, una vez que han llenado algo sus estómagos, se están volviendo muy olvidadizos, ya no recuerdan nuestros envíos de alimentos… Percival, es el momento de poner en marcha nuestro plan.

—¿Te refieres a destruir sus cosechas? —O'Hara soltó los papeles en la mesa y entornó los ojos—. A corto plazo nos favorecería una acción así, pero a la larga nos supondría un problema. Esperemos unos días. Mihalov aún tardará en abrir las cárceles para llenarlas con sus enemigos.

—No olvides que el Gran Soviet se reúne dentro de poco. ¿Se sigue llamando así el máximo organismo dirigente?

—No ironices —sonrió Percival—. Quizá mañana lo llamen el Congreso Libre de Diputados. Vamos a esperar una semana, Karl, ni un día más.

Al principio Skawa se había sentido un poco incómodo en el pequeño pero acogedor apartamento de Boris Litviov, tal vez ante los recuerdos de su padre Viachesla. Las fotografías del oficial Litviov, sus condecoraciones y otros pequeños detalles le cohibieron bastante. También influyó el hecho de que Karna tardó algo en mostrarse con él menos fría que el día en que Carla se la presentó.

Pero a los pocos minutos de sentarse alrededor de la mesa

comenzó la distensión. Carla se esforzó bastante en que Karna conversara con Jack, y la chica terminó haciéndolo y riéndose de los chistes del americano.

Boris abrió una botella de vino, asegurando que la tenía guardada desde hacía mucho tiempo para celebrar algún acontecimiento importante.

—Esta noche parece ser importante —añadió sonriente mientras llenaba las cuatro copas.

—Estás muy contento, Boris —dijo Carla.

—Tengo motivos. —Miró a su hermana significativamente—. Pero Karna podría explicarnos los suyos. Seguro que son mejores que los míos.

Skawa miró a la chica. Cuando la conoció pensó que se parecía mucho a Carla cuando era joven. La vio ruborizarse y ocultó una sonrisa divertida. Empezaba a imaginarse lo que Boris había querido decir, pero esperó a que Karna lo confirmase.

—Vamos, dinos lo que sea —la animó su madre.

—Andrei y yo vamos a casarnos.

—¿Para cuándo será? —preguntó Jack.

—Lo hemos decidido. Será dentro de dos meses.

—Te casarás con un hombre importante, hermanita —rió Boris.

—Ya lo es, ¿no? —dijo Carla.

—Vamos, Boris, no anticipes nada —protestó Karna.

Boris pidió un brindis por los novios, pero antes de que todos bebieran de las copas, añadió susurrante:

—Y por el nuevo líder, por Andrei Koniev.

Skawa esperó a que las copas se vaciaran para preguntar:

—¿Estás seguro de que Andrei alcanzará la jefatura?

Boris asintió con un vigoroso gesto de cabeza.

—Contamos con el apoyo suficiente. Mihalov presentará la dimisión cuando tengamos bien controlado el país. Bueno, quizá no sea dentro de pocos meses, pero es seguro, Jack. —Miró al americano con fijeza—. Si te he hecho partícipe de este secreto es porque confío en ti, en tu promesa de quedarte con nosotros.

Jack se sintió observado por Carla. Le sonrió torpemente. Por un instante se creyó que estaban solos y le dijo con tono conciliador:

—Te lo hubiera dicho, Carla.

—¿Qué esperabas? —le recriminó ella.

—Boris me convenció. Lo que haya que hacer por la Tierra, por la gente, debe hacerse cuanto antes y desde cualquier parte. He considerado que este país sería un buen punto de partida. ¿Por qué no? Soy consciente de que podemos fracasar, pero es un riesgo que hay que afrontar.

Skawa se alarmó al ver la seriedad en la mujer. Miró a los dos jóvenes y comprobó que ellos estaban también algo confusos.

De repente, irritado por aquella actitud de Carla que no alcanzaba a comprender, golpeó con la palma de su mano la mesa y la espetó:

—Dios, Carla, ¿qué te pasa? Hace días hablamos de esto, cuando discutimos que tú no te sentías capaz de alejarte de nuevo de tus hijos, cuando te debatías entre las dudas de si aceptar o no la maldita herencia.

Carla apretó los labios.

—Mamá, ¿por qué no te explicas…? —Empezó a decir Karna—. ¿A qué viene esto? ¿No deberíamos estar alegres? Si no te conociera, pensaría que tu actitud es una reacción tardía porque no te complace Andrei…

—Ni siquiera lo conozco —replicó Carla con aspereza—. No, pequeña, no he querido decir esto. Me alegro por ti, pero es que…

Skawa, impaciente, buscó un cigarrillo en sus bolsillos.

—No lo hago por complacerte, te lo aseguro —dijo después de encenderlo—. Puedo quedarme porque sé que aún mi vida tiene algo de valor. Aquí me sentiré útil, Carla.

—Jack…

—Dime, cariño —sonrió él—. Cuéntamelo, hazlo delante de todos. ¿No querías una familia?

—Debiste decírmelo antes.

—Te lo digo ahora. Mira, mañana mismo llamas a Rubén y le dices que puede largarse, que nos olvide —hizo un esfuerzo para que su voz sonase divertida al añadir—: Te quiero por ti misma, no me interesa un solo centavo que hubieras conseguido.

—Rubén se marchó esta mañana…

—Es una noticia estupenda.

—Se marchó después de que yo firmara la segunda opción.

Skawa se puso tenso.

—¿Qué segunda opción era ésa? —inquirió.

—Las propiedades pasaban a mí en lo que me correspondía y yo administraba en fideicomiso el resto, dando un plazo indefinido a mis hijos, aunque legalmente ellos quedan reconocidos como…

—No sigas —le atajó Jack.

Vio que Boris y Karna se quedaban inmóviles mientras él y Carla permanecían frente a frente. Luego, cuando se miraron, consiguieron expresarse en silencio sus temores.

—Creo que tú debiste haberme advertido, Carla —dijo Jack roncamente.

—Había pensado que te daría una alegría, Jack. Era una manera de dejarlo todo para más adelante, decidir después. Había un margen muy amplio.

—De repente Rubén se ha vuelto muy sagaz —dijo Boris.

—Fue a verme con ese japonés —dijo Carla.

—¿Un japonés? —preguntó Karna.

—Se llama Osima Nomura. Le vimos en Tokio —explicó Jack—. Estaba involucrado en los negocios de Plaza, según nos dijo.

Boris se levantó para buscar una botella de vodka. Cuando volvió, dijo:

—Esto empieza a no gustarme.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Skawa, cada vez más inquieto.

—Nomura ha venido a Moscú para presentar una lista de propuestas a Mihalov, las últimas demandas de los kherles. Deben ser muy duras, algo difíciles de cumplimentar, según hemos calculado, porque ese japonés anda con sumo cuidado en sus contactos preliminares con los miembros del gobierno que se encargan de las relaciones con los extraterrestres.

—¿Nomura es un ejecutivo del CEM?

—Mucho más. Es un consejero, muy allegado a O'Hara.

—¿Y Plaza?

—Un lacayo, un aspirante a más altos cargos en el CEM.

Jack aceptó el vaso de vodka y lo bebió hundiendo su mirada en

el blanco y fuerte licor, pretendiendo ir más allá de su fondo, a través del cual veía distorsionado el rostro de Carla, preocupado y algo desencajado.

No se atrevió a confesar sus temores porque se le antojaban demasiado fantásticos.

La sombra gigantesca y poderosa de los auténticos dueños del planeta le pareció que se cernía ominosa sobre ellos, abarcándolo todo, las tierras, el agua, el aire y las gentes.

Y se sintió desolado y en completo desamparo, incapaz de luchar contra los vencedores de siempre.

9

Cuando Karl Bomberg llegó a Berna tres días más tarde, hacía veinticuatro horas que Rubén Plaza le esperaba.

A solas los dos hombres en la residencia del alemán hicieron un rápido examen de la situación.

—Todos los registros oficiales que permanecían abiertos se han cerrado, señor Bomberg —jadeó Rubén. Luego, extenuado, se dejó caer en una butaca y entrecerró los ojos.

—Su misión ha concluido, ¿no? —sonrió Karl. Empezó a ordenar la documentación, copias de los originales, y la acarició como si fuera algo muy valioso.

—Sí, y me alegro. Espero que el señor O'Hara habrá quedado muy satisfecho de mí.

—Sin duda. Percival ha tenido que permanecer en Nueva York arreglando algunos asuntos muy importantes con el Presidente Connally; ya debe conocer usted que últimamente le reclama a menudo para consultarle, pedirle consejos.

—¿Es cierto que se celebrarán nuevas elecciones… según las viejas normas?

—Cabe dentro de lo posible, ya que serían ganadas ampliamente por Connally. Dígame, Plaza, ¿le costó mucho que Carla Rossi se decidiera a firmar?

Rubén abrió los ojos. A su entrevista con ella no asistió nadie, no había testigos. Por lo tanto no vaciló en contestar:

—Mucho. Tuve que usar toda mi persuasión.

Karl se levantó.

—Ahora deberá disculparme. No estaré mucho tiempo en Suiza. Marcharé inmediatamente a Breslau y luego a Moscú. Allí me aguarda el señor Nomura.

—Pensé que esperaría algunos días.

—¿Por qué?

Plaza hizo un gesto ambiguo. Luego, nerviosamente, dijo:

—Quizá no sea seguro estar allí cuando estalle la tormenta.

—¿Por eso se apresuró a volar hasta aquí?

—Oh, no. Lo hice porque tenía que entregar a los hombres los papeles.

Karl echó un nuevo vistazo a sus documentos.

—Estoy seguro que nadie dudará de que llevan registrados mucho tiempo. Sin embargo…

—Diga, señor Bomberg.

—A veces es mejor escapar de la tormenta, eludirla. Plaza, si la gente es obstinada a veces es preferible perder un poco de tiempo y tratar de convencerla.

—¿Qué quiere decir?

—Trataré de ahogar los truenos. Estaré en Moscú antes de que veamos el primer relámpago. Hace unas semanas acompañé a Percival a una de sus entrevistas con los kherles. Fue algo fantástico y decepcionante a la vez. ¿Sabe que días más tarde hubo otra reunión? Aconteció en el mismo sitio, algo que nunca ocurrió porque jamás se han repetido en idéntico lugar. Los kherles volvieron a presionar a O'Hara para que se aceleren los trabajos en el Complejo, pero nuestro Director, a cambio, consiguió algunas concesiones de nuestros benefactores galácticos.

—¿De veras? —Inquirió el otro con desconfianza—. He oído rumores de que los kherles jamás han cedido un ápice en sus planteamientos. ¿En qué han cedido?

—Puede parecer algo insignificante, pero que nos beneficiará enormemente. Es una baza que emplearé muy pronto.

—Mire, Bomberg, he perdido mucho en este cochino asunto, mis negocios están hundiéndose, y compruebo que ustedes siguen considerándome como alguien que no merece su confianza.

—Cálmese, amigo —sonrió Karl—. Su puesto en el Comité está más cerca que nunca, se lo aseguro, y sus pérdidas serán compensadas generosamente. Regrese a su país y espere, confíe en nosotros. Ahora le ruego que me disculpe. Deseo estar lo antes posible en Moscú y evitar que, por una vez, Osima Nomura se vea

acosado por los nervios.

—No te inquietes —había dicho Skawa a Carla antes de dejarla en el vestíbulo del hotel. Quería que ella estuviera siempre rodeada de gente, aunque fuera la clientela seria y poco conversadora de aquel caserón hostil, de sus funcionarios y empleados.

Luego salió resueltamente a la calle y buscó al más próximo de los hombres que le vigilaban o protegían desde el día en que Boris Litviov le librara de ser asesinado. Siempre había supuesto que era éste quien los había puesto cerca de él, no Andrei Koniev, al que no veía desde su encuentro en la estación del metro, pero confiaba en que alguno de los sabuesos sabría llevarle a donde quería ir.

Aunque el hombre que paseaba por la acera se volvió al verse observado insistentemente, Jack anduvo hacia él y le dijo en inglés, suponiendo que iba a entenderle:

—Lléveme ante su jefe. Inmediatamente.

Skawa lamentaba haber perdido dos días, muchas horas que podían ser preciosas, en calcular las consecuencias. Ahora pretendía hacerlo todo deprisa, con urgencia. Y lo había decidido desde que viera en la televisión oficial el anuncio de que el gobierno estaba resolviendo importantes medidas, entre ellas la de una modificación del gabinete. Maskin Mihalov iba a dirigirse a toda la nación en breve.

El hombre miró a Skawa con estupor e intentó alejarse, pero se quedó frente a él porque el extranjero le sujetó por los hombros y le repitió en un ruso poco claro:

—Quiero que me lleve ante Andrei Koniev. ¿Me entiende? He intentado hablar por teléfono con Litviov pero su secretaria no me quiere decir dónde está. Tampoco nadie sabe o puede informarme del paradero de Andrei Koniev. Por Dios, por lo que más quiera, condúzcame ante uno de ellos aunque se encuentre en el Kremlin.

Jack vio que otros dos hombres se acercaban a ellos. Cuando estuvieron cerca, el hombre que ya había empezado a zarandear se libró de sus manos y habló a los otros rápidamente, adornando sus palabras con gestos que a Skawa le parecieron elocuentes y daban a entender que se había vuelto loco.

Uno de los individuos, de todos el de más edad, le sonrió y dijo en inglés:

«Cálmese, señor Skawa. ¿Qué pretende usted?».

—¿No están para protegerme?

«No sé lo que dice…».

—Y yo no sé quién los ha puesto aquí, pero quien sea, Koniev o Litviov, debo ver a uno de ellos lo antes posible. No puedo pasarme todo el día telefoneando y recibiendo evasivas.

Los tres hombres se miraron. El más apartado del grupo alzó un brazo y un coche oscuro aparcado a una veintena de metros arrancó y se acercó despacio. El de más edad, al parecer el responsable y con algo de autoridad, dijo:

—Pediremos instrucciones, señor Skawa —a continuación ordenó que uno de ellos entrara en el hotel y preguntara por Carla Litviova, añadiendo en inglés a Jack—: Tenemos que comprobar que la señora está segura.

—Lo he entendido. Ella no vendrá. Cuídenla.

—No se apresure. ¿No ha encontrado a Litviov en su apartamento? Hace tres días estuvo allí.

—Ustedes deben saberlo —dijo Skawa amargamente—. Nos siguieron hasta allí. Pero a quien quiero ver es a Andrei Koniev.

Otro hombre salió del coche y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, usted ha ganado —asintió el jefe de aquellos servicios de seguridad—. Le vamos a llevar a un sitio.

Skawa no preguntó si ante Andrei o Boris. Apenas vio abierta la puerta trasera del coche, corrió a sentarse en el amplio asiento posterior. Tan pronto como dos agentes entraron, el conductor arrancó y condujo rápidamente por las calles recién limpiadas de nieve.

Sólo faltó que hicieran sonar la sirena. La carrera se convirtió en veloz y suicida. Atravesaron una buena parte de Moscú, atrás quedó la Plaza Roja, las cúpulas multicolores del Kremlin. Y Skawa tuvo en su mente el relampagueo inquietante de que iban a llevarle a algún sitio apartado para que no molestara más.

Sintiéndose oprimido entre los dos hombres que ni una sola vez le miraron y estuvieron todo el rato con la vista puesta al frente, aguantó en silencio, respirando mal, crispando los puños, hasta que al fin el coche aminoró la marcha, dobló a la derecha y entró en una finca rodeada de alta tapia pintada de ocre.

Se detuvieron al pie de seis escalones. Al bajar, Skawa observó en lo alto a un hombre vestido de uniforme que le esperaba delante

de la puerta abierta de la casa.

Los dos agentes casi le llevaron en volandas hasta el militar, quien tras escrutarle indiferente, le dijo:

—Entre, señor Skawa. Le esperan.

Jack entró el primero y se detuvo en el salón, sorprendido al ver que allí había tanta gente. La mayoría eran hombres, bastantes militares, generales y mariscales. Lo común en ellos era la hosquedad de sus gestos.

Instintivamente se echó a un lado al observar que todos se dirigían hacia la salida. Escuchó el ruido de varios coches que empezaban a frenar delante de la casa.

El militar que le había recibido le indicó una puerta situada a la izquierda de la gran escalera de mármol que conducía al primer piso.

Skawa, antes de echar a andar, vio pasar delante de él a un oriental con el cuello de su abrigo alzado. Si los demás parecían formar grupos que susurraban entre sí, el individuo de pequeña estatura y tez amarilla se destacaba por su soledad. Pero en sus ojos brillaba una chispa de alegría, la única que existía en aquella comitiva triste y crispada.

—Le recibirá porque hace un rato que acabó todo, señor Skawa —le dijo el militar abriéndole la puerta para que entrara.

Escuchó que arrancaban los coches y sintió que la puerta era cerrada tras él.

Al volverse vio a Boris que caminaba a su encuentro. Vestía uniforme del ejército y su seriedad impresionó a Jack.

—Andrei está en la otra habitación, ha decidido que debe hablarte.

—Boris…

—No digas nada, Jack —le contuvo Boris con un gesto—. Ellos han sabido jugar sus cartas. Andrei te lo explicará. Entra en la otra habitación.

—Es posible que Plaza aún no haya salido del país…

Boris sacudió la cabeza.

—Es tarde. Andrei me hubiera enviado para que lo contase, pero al insistir tú pensó que hoy mismo podía quedar todo aclarado.

John quedóse con la mano adelantada para impedir que Boris saliera. Quería pedirle más explicaciones. Pero le vio desaparecer

por la puerta, confundirse entre la gente que aún permanecía en el vestíbulo. Se encogió de hombros y cruzó el cuarto para entrar en el otro.

Andrei estaba sentado junto a la ventana. Al oírle caminar fuera de la alfombra, dijo:

—¿Qué has pensado de esas caras sombrías que has debido ver, Jack?

—He deducido que os habéis rendido demasiado pronto.

—¿Tú crees? No ha sido así. Hemos estado dos días discutiendo, incluso insultándonos, hasta que anoche Mihalov me permitió que recibiera a Osima Nomura.

—Le he visto salir. Ni su frialdad oriental le evitaba reflejar en su rostro la satisfacción que sentía. ¿Qué ha conseguido?

—Bastante de lo que buscaba el CEM.

Skawa se apoyó en el respaldar de una silla.

—Había abrigado la esperanza de encontrar a Plaza y arrebatarle los documentos —miró a Andrei—. Supongo que Boris te lo habrá contado todo.

—Sí, desde luego. Esa gente es increíble, Jack. Creo que siempre tienen varios planes dispuestos y eligen el más adecuado según las circunstancias. En esta ocasión tenían preparado uno muy sutil: demostrar que los incorruptibles estaban corruptos.

—Me siento culpable.

Andrei se alzó de hombros.

—Todos nos deberíamos sentir culpables.

—¿Tú supones que esas personas que salían dudan de ti y de los hermanos Litviov? Me cuesta creerlo…

—La mayoría comprende que es una encerrona, pero fuera de aquí el número de los que querrán creer que es cierto es mucho mayor porque siempre es superior la cantidad de los medradores. Así de simple, Jack. Ni siquiera siento irritación hacia Carla Litviova. Es más, hace un rato intenté convencer a Karna para que nunca se lo recrimine a su madre.

—Han acabado con tu carrera, Andrei.

—No del todo. Digamos que la han paralizado, la han detenido por el momento. Hemos alcanzado un compromiso, Jack.

—No será bueno.

—Comprendimos demasiado tarde la maniobra de nuestros contrincantes.

—Enemigos acérrimos, diría yo.

—En cambio, yo pienso lo contrario. Son contrincantes. Ellos piensan que están haciendo lo mejor para la Tierra. De tanto repetírselo se lo han creído.

—¿En qué ha quedado todo?

—Nomura me explicó sin rodeos el asunto, sus pretensiones. Me ofertó evitar el escándalo, que el pueblo no conociera que yo, el aspirante a suceder a Maskin Mihalov, sea el prometido de Karna Litviov, la nieta de un evasor de divisas, de un capitalista, de un traidor a la patria según los conceptos tradicionales de este país. Mi suegra sería, por lo tanto, una fugitiva que escapó hace seis años. ¿Comprendes ahora el mal que hicimos cuando no reconocimos a Carla lo que hizo para contactar con los extraterrestres? Fue un grave error por nuestra parte. Y luego está Boris, mi colaborador: otro socio en esas malditas empresas alemanas.

—Tal vez se hubiera demostrado que todo estaba dispuesto y la mayoría de la documentación era falsa.

—Es posible, pero la duda habría sido sembrada.

—¿Y el compromiso os obliga a dar un paso atrás?

—¿Tú crees que podríamos montar un engaño parecido y tratar de convencer a la gente de que éste es el momento para lanzar un ultimátum? La guerra total es algo tan patético como ridículo en las actuales circunstancias. Casi tres cuartos de siglo hablando de misiles y bombas, de submarinos y armas situadas en el espacio, Jack. A esta enfermedad la hemos curado con múltiples guerras en el planeta, focos controlados a veces, desatados otros, pero siempre sujetos a nuestros deseos. El remedio sería muchísimo peor que las consecuencias que tenemos que afrontar.

—¿Mihalov? ¿Qué hará Mihalov?

—Alargará su mandato hasta su muerte.

Skawa meneó la cabeza.

—Tengo que pensar que ha habido algo más.

Andrei se levantó y se acercó a la mesa. Apoyó sus manos en ella y dijo mirando de soslayo a Skawa:

—Nomura se volvió de acero cuando hace unas horas habló por

teléfono con alguien llamado Karl Bomberg, un alemán recién llegado a Moscú. A partir de entonces, con nuevas instrucciones del Comité, sus ofertas se hicieron definitivas y no cedió una pulgada en nada.

«El japonés habló en nombre propio, pero todos sabíamos que lo hacía representando al Comité. Si nos negábamos a sus exigencias no había otra solución que la guerra. Jack, tienen infiltrados partidarios en todas partes de Rusia, en todos los ministerios de cada una de las repúblicas, y agentes que se han movido estos años. Pueden acaban con nuestras cosechas en semanas porque disponen de elementos contaminantes que explotarían a control remoto».

10

—Me haces sentir avergonzado de ser americano, Andrei —confesó Skawa.

Dijo Andrei:

—No es tu país, Jack. Esta decisión no la ha tomado Connally ni nadie cercano a él. Esa gente carece de patria, de ideales. Tienen marcados sus objetivos de forma indeleble en sus mentes; no les importa nada que no sea el triunfo, su triunfo por encima de todo. ¿Vacilaron cuando mataron a Mulligan valiéndose de esos locos activistas que permitieron llegar hasta el edificio de la ONU, creyendo que iban a terminar con los miembros más importantes del Comité? Destrozarían media América con tal de dominar sobre la otra mitad.

—Me lo pintas todo muy sombrío, Andrei.

—Es que es sombrío.

—¿Por qué ha actuado Nomura? ¿Es que al Comité no le interesaba terminar contigo de una vez, defenestrarte ante el pueblo con ese cúmulo de falsas acusaciones? No entiendo que te dijera: Vamos a hacer esto si tú no cedes, así de claro.

—El escándalo lo hubiera alterado todo hasta límites insospechados, Jack. El Proyecto Kherle habría quedado paralizado durante meses o años al no contar con el cincuenta por ciento de la producción de que se nutre el Complejo.

—Me siento confuso ahora…

—Un cambio de gobierno en medio de reproches mutuos y acusaciones podía provocar una corta guerra civil en Rusia y nuestra aportación suspendida. Esto es lo que ha detenido al Comité porque los kherles piden que la fabricación de naves estelares se triplique.

John lanzó un jadeo.

—Entiendo. Todos contentos y nadie satisfecho del todo.

—Queda algo.

—¿Más desatinos?

—Al parecer el Director del CEM logró de los kherles una cierta contraprestación. Ya sabes que los alienígenas eran tajantes respecto a los elegidos para convertirse en colonos.

—Conozco el tema sobradamente.

—Han cedido. Los kherles permitirán a partir de ahora que un pequeño tanto por ciento de la gente que suba a una nave sea elegida a dedo.

—¿Por el Comité?

—Ellos dicen que por sus representantes.

—Es lo mismo. Bien, es algo que ansiaban, ellos sabrán qué hacer con esos pasajes que les entregan. Supongo que los rifarán mundialmente.

—Por el momento, no. Hay un lote que ya tiene su destino.

—Jesús, estoy empezando a imaginarme que tú…

—Vas por buen camino.

—Antes se enviaba a la gente en Rusia al otro lado de los Urales, pero esto es demasiado, un destierro total.

—En aquel momento sólo pensé que Nomura deseaba que Andrei desapareciera.

Paseaban cogidos del brazo, muy cerca del río.

Aquel día el sol calentaba un poco y el cielo no ofrecía su habitual color plomizo. Skawa miró de reojo a Carla. Esperaba su respuesta.

—Ya somos algo viejos para ir tan lejos, Jack —dijo ella al cabo de un instante.

—¿Qué dices? Aún no he cumplido cincuenta.

—Tienes más, algunos más.

—¿Y qué? Me siento estupendamente. Sé que no vas a decirme que te esconderás bajo tierra para no ir.

—¿Cómo supones que voy a hacerlo, negro testarudo? —Sonrió Carla—. Van mis hijos, Andrei por supuesto, y otros que están en la lista de estorbos para el Comité. Y todo se hará tan sigilosamente que casi nadie se dará cuenta.

—Boris me contó ayer que de América irá otro grupo que incordiaba —emitió un gruñido—. Lo peor es que nos acompañarán ciertos vigilantes, los portadores de las creencias del Comité.

—No serán muchos si iremos tantos, ¿no?

Se detuvieron y miraron las aguas grises que discurrían rápidas.

—Desde mi punto de vista no se trata de un castigo —dijo Carla —. Hay tantos millones que nos envidiarían si supieran cómo hemos obtenido nuestros pasajes…

Skawa se apoyó en la balaustrada y observó con desdén a los dos hombres que a un centenar de metros de ellos se habían parado y distraídamente fumaban un cigarrillo. Eran su escolta, de la que seguían sin librarse. Pensó que ahora no estaban allí para protegerles, sino para evitar que escaparan a los deseos del Comité.

No se imaginan que nos gusta la idea, pensó John.

—¿No crees que hemos tenido suerte? —Insistió Carla—. Podían habernos eliminado, ¿no?

—Deja de pensar que son magnánimos. Han sido prácticos. Explotarán la noticia de la marcha de Andrei a su favor, seguro. Y de paso nos echan a ti y a mí, a dos testigos de cómo fueron las cosas en la vieja Estación, en la base lunar americana. Después de nuestra marcha no quedará ningún rastro de la verdad.

—Oh, Jack, no me hagas sentir manipulada.

Él la tomó por los hombros y la besó en la frente.

—Dejaremos de ser títeres lejos de la Tierra. Entre las estrellas, en un mundo nuevo, seremos libres. Podremos aprender a ser libres. Aquí se ha perdido el hábito.

FIN